



Serie Extravagantes

Manifiesto del Partido Comunista

Karl Marx
Friedrich Engels

DYKINSON

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

**Karl Marx
Friedrich Engels**

**Introducción y edición de
Borja García Vázquez
ORCID ID: 0000-0003-0055-6917**

**DYKINSON
2023**

Borja García Vázquez es profesor acreditado contratado doctor por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA). Doctor en Métodos Alternos de Solución de Conflictos por la Facultad de Derecho y Criminología de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), e investigador nacional nivel 1 del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de México. Responsable académico del Grado en Derecho y del Máster en Mercados Financieros y Banca de Inversión del Centro de Estudios Garrigues.

Extravagantes, 20
ISSN: 2660-8693

© 2023 Borja García Vázquez

Editorial Dykinson
c/ Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid
Tlf. (+34) 91 544 28 46
E-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.com>

Preimpresión: TALLERONCE

ISBN: 978-84-1170-522-6

Versión electrónica disponible en e-Archivo
<http://hdl.handle.net/10016/38194>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España

ÍNDICE

Introducción	9
Bibliografía	27
Manifiesto del Partido Comunista	29

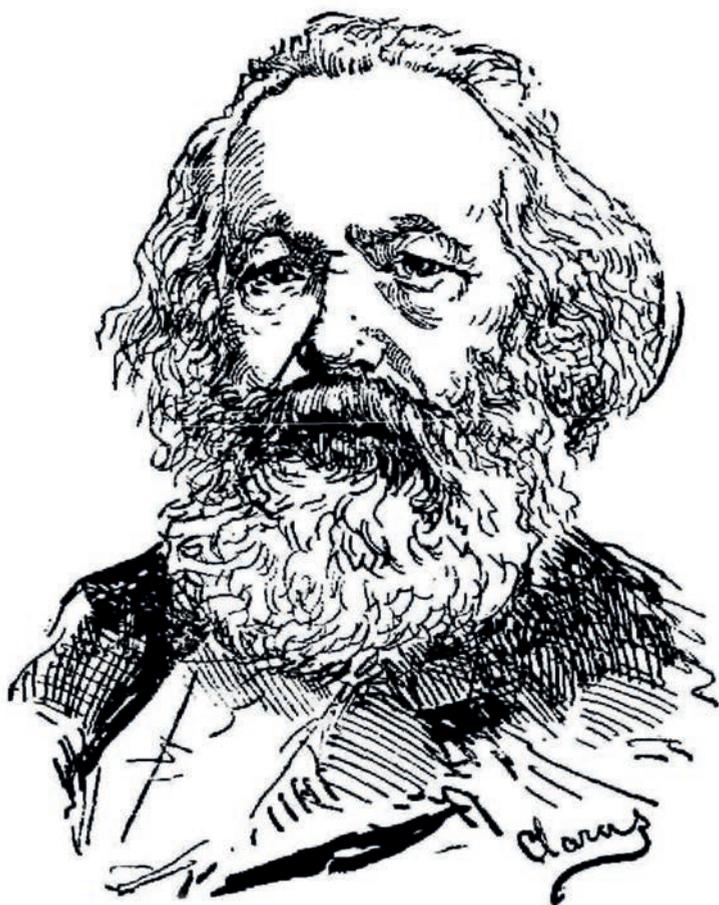


Ilustración de *El Socialista* número 12, 28 de mayo de 1886.

INTRODUCCIÓN

El siglo XIX se erige como un período paradigmático caracterizado por un conjunto de revoluciones, tanto en el ámbito político como en el tecnológico, las cuales engendraron cambios profundos que trascendieron la esencia misma del mundo. El ímpetu arraigado en las raíces del siglo XVIII, materializado por las magnas instancias de la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, logró impregnar tanto la estructura social como el discurso intelectual del siglo XIX. Este fenómeno cimero dio lugar al surgimiento de movimientos de naturaleza reformista y progresista, cristalizados, a modo de ejemplo, en la emancipación de los territorios hispánicos en América, o la irrupción del abolicionismo y el sufragismo. Tales movilizaciones, animadas por el anhelo de justicia y el fomento del progreso humano, perfilaron una senda hacia adelante en el desenvolvimiento de la humanidad.

La comprensión del universo experimentó una transformación significativa con el progreso científico y su subsecuente aplicación en la forma de electrificación, un fenómeno que arrebató horas de vigilia a la oscuridad nocturna e incrementó las horas destinadas a la producción. Simultáneamente, se evidenciaron desarrollos en ámbitos concretos como la geología, que se enriqueció con el hallazgo y estudio de fósiles, que profundizó la comprensión de la evolución. Este contexto se entrelazó con la propagación del positivismo y el racionalismo en la esfera filosófica, primando la observación empírica y el pensamiento lógico en la adquisición de conocimiento, mientras que el punto culminante lo marcó la introducción de la teoría de la evolución con la publicación en 1859 de la obra paradigmática «El origen de las especies» de la autoría de Charles Darwin.

Este magno acontecimiento desafió de manera contundente las creencias religiosas predominantes de la época, abriendo así camino hacia nuevas interpretaciones del mundo que se alejaban de la concepción divina. Es importante destacar que esta transición no reprimió la emergencia de nuevas manifestaciones de religiosidad, las cuales continuaron manifestándose en distintos niveles y modalidades.

El siglo XIX es también el origen de otra figura clave en el devenir del entendimiento humano: Karl Marx, nacido el 5 de mayo de 1818 del matrimonio formado por Henriette y Heinrich Marx, cuya obra constituye los fundamen-

tos de la corriente filosófica marxista. Uno de los primeros introductores de este pensamiento en España, MESA LEOMPART¹, describía así a Marx:

Mediana estatura, de robusta constitución y fisonomía expresiva. Su frente vasta revela al pensador. Su rostro, circundado por largos y abundantes cabellos, da testimonio, en sus profundas y numerosas arrugas, de las meditaciones del doctor y de sus graves preocupaciones; bajo la frente se dibujan unas cejas en extremo pobladas, que dan sombra a unos ojos pardos, muy hundidos en sus órbitas y centelleantes bajo párpados plegados y oscurecidos por el estudio y las vigiliás. La nariz, ancha en su base como la de Balzac, –señal de grandes facultades intelectuales, según los fisonomistas– cae por una suave pendiente sobre dos mejillas carnosas, y de los extremos de la nariz salen dos surcos profundos que van a perderse en los labios, gruesos y sensuales, y cubiertos a medias por un bigote bien poblado, que se confunde con una barba gris, bastante larga y casi patriarcal².

En sus inicios, Marx se matriculó como estudiante de Derecho en la Universidad de Bonn, en línea con la aspiración de su progenitor para emular su trayectoria profesional. No obstante, su inclinación definitiva se orientó hacia la indagación filosófica en la Universidad de Berlín. En este entorno académico, se introdujo en el universo intelectual de pensadores destacados como Hegel y Ludwig Feuerbach. Este último, artífice de la identificación del dilema humano en la época, marcado por la obsolescencia teológica frente al progreso científico, sentó las bases para la búsqueda de un reemplazo que otorgase sustento a un ideal más elevado. Tal imperativo halló su cauce en la construcción de relaciones sociales como el medio que posibilita la superación de la individualidad, concepción que pervivió a lo largo de la vida de Marx y lo moldeó significativamente desde su juventud.

A la temprana edad de veinticuatro años, escribió «Los Manuscritos económicos y filosóficos de 1844», una obra que vio su primera publicación en

1 Al tipógrafo José Mesa Leompart le corresponde el honor de haber sido el primer traductor al castellano del Manifiesto Comunista. Redactor del periódico «La emancipación», donde se publicó la primera versión en español del Manifiesto. Entre 1873 y 1874 su empresa le destinó a París donde entabló contactos con Paul Lafargue, siendo el puente intelectual de Marx y Engels con el socialismo español, al ofrecer a este último la numerosa literatura que se escribía en Europa y que sirvieron de formación a Pablo Iglesias. Con posterioridad participó en la creación del Partido Obrero Francés en 1879 y la publicación *Le Socialiste* en 1885, influyendo en la fundación del Partido Obrero Español.

2 MESA LEOMPART, José, “El doctor Carlos Marx”, *La Ilustración Española y Americana*, año XVI, nº V, Madrid, 1 de febrero de 1872, pp. 71-74. Disponible en: <https://www.filosofia.org/hem/dep/iea/8720201m.htm>

Rusia en 1927, aunque de manera incompleta. Estos manuscritos fijan los cimientos sobre los cuales se erige la totalidad de su posterior labor intelectual. En este marco conceptual, se plasma la noción de que el individuo, en su calidad de ser creador, ha sido el artífice del propio advenimiento del capitalismo, en el cual, paradójicamente, deviene en una pieza integrante de la maquinaria del sistema. A pesar de su apariencia perdurable, esta configuración se encuentra sujeta a un proceso incesante de progresión, que inexorablemente la encamina hacia su propia disolución, auspiciando así la transformación fundamental del mundo en su conjunto.

Como recuerda COLE, la frase de Engels “*el hombre come antes que piensa*”, lleva a preguntarse “*¿Cuánto necesita comer antes de ponerse a pensar?*” o “*¿Podría comer sin haber pensado absolutamente nada?*”³. Este materialismo que subyace en los avatares capitales de la historia humana, ha ejercido un influjo dominante sobre el idealismo que rige el pensamiento común. Sin embargo, la biografía intelectual de Karl Marx desvela un matiz significativo a esta premisa a partir del año 1848, momento en que se desató una revolución de alcance europeo, conocida como la “Primavera de los pueblos”. Este hito revolucionario ejerció una influencia notable en el pensamiento y experiencia vital del joven filósofo, demostrando que el razonamiento no se cumplía en su totalidad en este contexto específico, donde pensar se anteponía a comer y a salvaguardar las necesidades mínimas del entorno familiar⁴.

En 1841, Marx presentó su tesis doctoral titulada «Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro» en la Universidad de Jena. Al año siguiente, en 1842, se trasladó a Colonia, donde asumió el prestigioso rol de redactor en jefe del periódico «La Gaceta Renana» una publicación que sufrió la prohibición de la censura en 1843 debido a su contenido crítico. En 1844, mientras se encontraba en París, Marx cruzó caminos con Friedrich Engels, al compartir círculos intelectuales afines. Este encuentro propició la

3 COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista I: Los precursores 1789-1850*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 270.

4 Los problemas económicos fueron constantes para Marx, quien independientemente a esta cuestión, antepuso su obra a cualquier otra vicisitud. Muestra de su labor se encuentra en las iniciativas destinadas a recopilar toda su producción, destacando las versiones en español del proyecto OME (Obras de Marx y Engels) con 68 volúmenes de los cuales solo se completaron 13 bajo la dirección de Manuel Sacristán; o el proyecto en el original alemán, MEGA (*Marx-Engels Gesamtausgabe*) iniciado en 1960, habiéndose publicado hasta 2018, 65 de los 114 tomos previstos. Para más información véase RIBAS, Pedro, “El proyecto MEGA”, *Nueva Sociedad*, núm. 277, 2018.

convergencia de sus esfuerzos, culminando en la coautoría de «La Sagrada Familia» en 1845, una obra destinada a contrarrestar las corrientes de pensamiento hegeliano predominantes.

La intensidad de su labor revolucionaria provocó su expulsión de París, obligándolo a establecerse en Bruselas. Allí, en 1847, se sumó a las filas de la Liga de los Comunistas, una sociedad clandestina que abogaba por la reconfiguración social. Esta liga encomendó a Marx y Engels la confección de un programa, lo que culminó en la publicación del influyente «Manifiesto Comunista» en 1848. Este panfleto, formulado en consonancia con los principios de la Liga, cristalizó sus visiones y sentó las bases para un llamado a la transformación radical de la sociedad. Junto con su labor de editor del periódico *Neue Rheinische Zeitung*, desde el cual publicó artículos promoviendo la creencia por la cual sólo era posible que Alemania alcanzase la democracia por medio de una revolución de obreros y campesinos, fue acusado de sedición en febrero de 1849, y expulsado del país el mes siguiente. Obligado a refugiarse en Francia, tuvo que partir forzosamente hacia Londres en agosto de ese mismo año, ciudad que fue su residencia hasta su muerte el 14 de marzo de 1883⁵.

En el destierro londinense, tras obtener su credencial de acceso a la librería del Museo Británico en 1849, Marx centró su actividad en tres frentes operativos, cifrados en:

1. El análisis de la económica política, como forma de denuncia ante las contradicciones naturales del propio sistema, debiéndose a esta labor obras como *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), o el primer volumen de su obra cumbre *El Capital* (1867).

2. Su labor periodística, con más de 300 artículos escritos para el periódico estadounidense *The New York Daily Tribune*, austriaco *Die Presse*, y los británicos *Free Press* y *People's Paper*.

5 Marx residió en Inglaterra en compañía de su familia, enfrentando una salud frágil y una persistente penuria económica que fue, a partir de 1869, en parte aliviada gracias al apoyo financiero brindado por su íntimo amigo, Engels. Este tiempo de vida también estuvo marcado por la pérdida de varios de sus hijos y seres queridos en circunstancias adversas. Entre las que se cuentan sus hijos: Guido, nacido en noviembre de 1850 y fallecido a la corta edad de diez meses; Franziska, cuya partida tuvo lugar en marzo de 1851, con apenas trece meses; y Edgar, quien dejó este mundo con tan solo nueve años, en 1850. Asimismo, sobrevivió a su esposa Jenny, fallecida en diciembre de 1881, y su primogénita Laura, nacida en 1845 y fallecida a comienzos de 1883. Pese a todas estas circunstancias trágicas que marcaron su vida, la dedicación de Marx a su labor literaria se mantuvo inquebrantable a lo largo de este período.

3. La actividad política, como miembro fundador del Consejo General de la I Internacional, de donde derivaron trabajos como *La guerra civil en Francia* (1871) o *Crítica al Programa de Gotha* (1875).

En todo caso este periodo posterior, que comprende el grueso del legado marxiano, no habría sido posible sin la publicación del Manifiesto, texto realizado por Marx, bajo revisión e inspiración en el trabajo previo de Engels, «Principios del Comunismo» (1847).

Derivado de la publicación del Manifiesto, ante la necesidad de unidad y organización de los trabajadores de diferentes países, en palabras de MORATO,

“el 3 de septiembre de 1866 el «verbo se hace carne» y en Ginebra se funda la Internacional, matriz no ya del movimiento socialista, sino también del moderno movimiento obrero en todos los países de civilización capitalista”⁶.

Para SÁNCHEZ VÁZQUEZ el Manifiesto es el inicio del marxismo, una

“filosofía de la praxis; en modo alguno como filosofía acabada, pues siendo la praxis, por esencia, infinita e incesante, jamás podrá cerrarse el proceso de esclarecimiento teórico de ella”⁷;

y supuso el punto de arranque del socialismo moderno, bajo el grito de ¡Proletarios de todos los países, uníos!, visto por MORA, como

“Verdadero grito de guerra, que echando por tierra la inocente y pacífica divisa del antiguo socialismo: «¡Todos los hombres somos hermanos!», lanzó al Proletariado a la lucha de clases, que no terminará sino con el triunfo de los oprimidos”⁸.

El Manifiesto Comunista puede ser calificado como el tratado propagandístico de mayor prominencia en el curso de la historia, ostentando un trasfondo que arremete contra los mecanismos y contradicciones inherentes al sistema capitalista. De forma simultánea, su cometido radica en la promoción de la conquista del poder en beneficio de la clase proletaria. Sustentando este

6 MORATO, Juan José, “Manifiesto Comunista”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.

7 SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI Editores, 2003, pp. 133-134.

8 MORA, Francisco, “El Manifiesto Comunista programa del socialismo científico”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.

propósito se halla el argumento de la ineludible llegada de revoluciones de naturaleza progresista, ancladas en la premisa de que el ascenso triunfante de la fracción social que logre optimizar sus fuerzas productivas de manera eficiente, engendrará un escenario propicio para el surgimiento de un nuevo orden exento de estratificaciones, y donde se encarnen los principios de libertad y justicia.

Texto reverenciado y venerado en la URSS (y todos los países del socialismo realmente existente), ROSENAL y UDIN recogieron la opinión de Lenin sobre el documento en la primera edición del «Diccionario filosófico marxista»:

Se expone con genial precisión y claridad la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente que se extiende también a los dominios de la vida social, la dialéctica presentada como la ciencia más vasta y más profunda de la evolución, la teoría de la lucha de clases y del papel histórico revolucionario del proletariado, creador de una nueva sociedad, la sociedad comunista.⁹

En definitiva, el Manifiesto ofrece una utopía (acorde al tiempo en que se redactó) que en palabras de EAGLETON “*Como todos los más bellos ideales, es un objetivo hacia el que apuntar, pero no un estado que pueda alcanzarse literalmente*”¹⁰.

De los inicios del socialismo en España

El primer programa socialista que se conoció en España surgió en 1858 de una sección del partido republicano, por influencia del periodista Fernando Garrido; pero fue a partir de la revolución de 1868 que comenzó la organización obrera en el país, en nombre de la I Internacional pero con total independencia práctica de esta (y con más apoyo a las ideas de Bakunin que a las de Marx), principalmente en las áreas industriales de Cataluña.

En un esfuerzo por mitigar el creciente influjo anarquista que había tomado cuerpo en España, Paul Lafargue¹¹, yerno de Marx y motivado tanto por

9 ROSENAL, M.; UDIN, P., *Diccionario filosófico marxista*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1946.

10 EAGLETON, Terry, *Por qué Marx tenía razón*, Barcelona, Ediciones Península, 2011.

11 Nacido en la provincia española de Cuba en 1842, formado como médico en Francia, se exilió en Inglaterra por cuestiones políticas, donde conoció a Karl Marx y a su hija menor Laura, con quien contrajo matrimonio en 1868, compartiendo sus vidas hasta el

éste como por Engels, emprendió un viaje hacia la península. Este desplazamiento tuvo lugar en un contexto histórico de intensa agitación para la nación ibérica¹². Durante estos años, se desencadenaron acontecimientos significativos, tales como la revolución de 1868, la cual, tras deponer a la reina Isabel II, originó una transformación dinástica al instaurar en su lugar a un monarca extranjero, Amadeo I de Saboya, específicamente seleccionado para ocupar el trono español. Su reinado efímero de apenas dos años, se vio afectado por las complejidades internas del país, llevándolo a renunciar a su posición. Este cisma culminó en la proclamación de la Primera República española el 11 de febrero de 1873. En este contexto tumultuoso, Lafargue buscó asegurar respaldos para contrarrestar la marea anarquista que permeaba en España.

Con menos de un año de duración, el pronunciamiento militar del general Martínez Campos puso fin a los sueños republicanos y dio lugar a la restauración de la Casa de Borbón con la toma de posesión de Alfonso XII, y el desarrollo de un sistema político turnista y amañado entre conservadores y liberales a partir de su muerte en 1885¹³.

En un contexto caracterizado por la inestabilidad política imperante, el auge del pensamiento bakuninista desencadenó la expulsión de los seguidores de Marx de la fracción española de la Primera Internacional el 2 de mayo de 1872. En respuesta a esta contingencia, Lafargue estableció una nueva sección de la Primera Internacional en Madrid bajo la denominación de la «Nueva Federación madrileña». Este agrupamiento fue formalmente reconocido por el Congreso que se celebró en La Haya en septiembre del mismo año. Tal evento sentó las bases para el surgimiento del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado el 2 de mayo de 1879 en el enclave de la fonda «Casa Labra», ubicada en la calle Tetuán de Madrid. Este hito histórico constituye la primera agrupación socialista en España, integrada por individuos de diversos oficios: 4 médicos, 2 marmolistas, 2 plateros, un doctor en ciencia, un zapatero y 16 tipógrafos entre los que se encontraba el coruñés Pablo Iglesias

suicidio conjunto de ambos en 1911. Su trabajo más recordado es «El derecho a la pereza» publicado en 1880, en el que criticó la ética de trabajo impuesta por el capitalismo.

12 El 18 de marzo de 1871 la población de París se hizo con el control de la ciudad, conocida por la historia como la «Comuna de París», considerado el primer gobierno revolucionario de la historia, finalizado abruptamente el 21 de mayo tras la irrupción de las fuerzas del gobierno nacional francés, pero que tuvo una inmensa influencia para el movimiento obrero.

13 COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista II: Marxismo y Anarquismo 1850-1890*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 103, 127, 131, 179

Posse (1850-1925)¹⁴, con las siguientes aspiraciones en el primer programa del Partido:

1º. La posesión del poder político por la clase trabajadora.

2º. La transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación.

3º. La constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno u otro sexo.

En suma: el ideal del Partido Socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes.

A Pablo Iglesias Posse¹⁵ se le atribuye, en parte, la iniciativa de establecer en 1886 el órgano de expresión del Partido, el periódico «El Socialista», cuya existencia se mantiene hasta el momento de la confección de esta obra. Asimismo, desempeñó un papel esencial en la fundación del sindicato Unión General de Trabajadores (UGT) en 1888. Es imperativo señalar que en aquellos tiempos, tanto su influencia como su alcance de acción eran notablemente más reducidos en comparación con el movimiento sindical anarquista representado por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)¹⁶. A pesar del impacto más limitado del marxismo frente al anarquismo, en el centenario del natalicio de Iglesias, el entonces Secretario del PSOE, Rodolfo Llopis, recordaba lo que supuso la acción de aquellos primeros socialistas:

14 Nacido en 1850 en El Ferrol, se inició en el movimiento obrero en 1869 al afiliarse a la I Internacional. En 1910 fue elegido el primer diputado socialista de la historia parlamentaria de España.

15 En agosto de 1870 publicó su primer artículo, titulado «La Guerra», en el que sostiene su oposición a la misma desde un razonamiento religioso: “*¿Qué es la guerra? Un crimen. Si nosotros fuéramos deístas; si nosotros creyéramos en alguno de los tantos dioses como todas las religiones cobijan en su seno; si nosotros creyéramos, volvemos a repetir, en alguno de esos ídolos, diríamos que la guerra era un terrible castigo que éstos imponían a los pueblos por sus culpas*”. *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.

16 En sus inicios españoles, el socialismo no tuvo relevancia parlamentaria, y en el plano ideológico ocupaba una segunda línea frente a la primacía que representaban el movimiento anarcosindicalista y republicano. HOBBSAWM, Eric J., *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, p. 113.

Cuanto más se medita en la obra llevada a cabo por ese puñado de socialistas, más se acrecienta nuestra gratitud y nuestra admiración hacia ellos. Su obra, vista hoy, es decir, con perspectiva histórica, resulta obra de titanes. Pensemos en lo que era aquella España. Recordemos que era una España decrepita, entristecida, decadente, sin estímulos vitales. Que lo que le faltaba en ambición colectiva, en ideales, le sobraba en corrupción. A esa España, esos hombres lograron resucitarla. En medio de una sociedad corroída por todos los vicios, este puñado de socialistas constituyen una sorprendente excepción. En medio de tanta blandenguería, estos hombres hablan un lenguaje nuevo, duro, que hiere. Hablan un lenguaje nuevo y ofrecen [...] –lo que vale más– una conducta nueva, que todavía choca y hiere mucho más. Son hombres, como tantas veces se ha dicho ya, austeros, íntegros, sobrios, leales, honestos. Honestos hasta la saciedad. Son intransigentes para con las ideas. Son severos, severísimos, para con las conductas. Severos para con los demás, y más severos aún, si cabe, para con ellos mismos. Con ellos no pueden convivir los frívolos, los arribistas, ni los inmorales [...]. Ese puñado de socialistas, en medio de un ambiente hostil, resistiendo las chacotas de unos, la incomprensión de otros, las injurias y las calumnias de enemigos y adversarios, y la persecución sañuda de caciques y autoridades, recorren toda España. La recorren con vocación de apóstol y con la perseverancia de todo fundador. Y, poco a poco, van despertando la conciencia de clase en los trabajadores, y la conciencia civil en todos. Y, con el tiempo, gracias a esa generosa siembra en cada ciudad, villa y aldea, surgirá, modesta o imponente, la Casa del Pueblo, amasada, más que levantada, con la sangre de muchos sacrificios. Y en cada Casa del Pueblo, otro puñado de socialistas, forjados en la lucha, probados en la adversidad, ejemplo vivo de consecuencia, honradez y austeridad, continúan la obra de los apóstoles y de los fundadores. Es la obra y el orgullo del Partido Socialista Obrero Español. Es la obra esencial de Pablo Iglesias¹⁷.

En idéntico sentido se expresaba el entonces Secretario de la UGT, Pascual Tomás:

La siembra de ideas por Iglesias realizada en un ambiente de hostilidad y de celos, combatido por el egoísmo de unos y la ignorancia fanática de los más, ha dado la cosecha espléndida que expresa la existencia clandestina de nuestras organizaciones de clase [...] En el páramo de una España depauperada por la miseria y la incultura, la palabra de Iglesias, expresión de la verdadera verdad fue creando conciencia individual y colectiva. Separó al obrero de la corrupción y del vicio por el capitalismo creado y mantenido, mostrándole en compensación los perfiles de lo que sería la personalidad del hombre que trabajaba, si abrazaba por propia convicción las ideas socialistas [...]. Esa verdad se hizo carne viva en la personalidad de una minoría de hombres [...]. Todo el progreso operado en España desde principios de siglo hasta 1936, descansa sobre los cimientos

¹⁷ LLOPIS, Rodolfo, “La doctrina hecha carne”, *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.

incomovibles que representan los sacrificios realizados por cuantos en las filas de la UGT y del PSOE se educaron. Esa fue la obra que inició y que prosiguió hasta su muerte Pablo Iglesias¹⁸.

Fallecido en diciembre de 1925, si bien no fue un intelectual ni teórico del marxismo, fue el hombre que plantó la semilla del pensamiento socialista en España. Indalecio Prieto recordaba así al «abuelo», sin que pudiese reprochársele su incultura:

Para tal reproche resultaba necesario olvidar su dramática infancia de huérfano y hospiciano, su mocedad de tipógrafo inhumanamente explotado en largas jornadas de trabajo sin margen para el estudio, pues apenas permitían breves horas de sueño, y olvidar el resto de su vida, consagrada por entero a tarea tan espinosa como organizar y alentar a los trabajadores españoles, de quienes fue gran educador¹⁹.

A escala mundial, el pensamiento marxista impregnó todo el mundo, y el Manifiesto se propagó como un nuevo evangelio global²⁰, sorteando las barreras lingüísticas que a priori segregan a la humanidad. Como recoge HOBSBAWM, de 1848 a 1906 se publicaron 44 ediciones en alemán, 57 en ruso y 10 en otros idiomas de los territorios del Imperio ruso; de 1880 a 1888, 9 en francés, 5 en inglés, 2 en danés, suizo, noruego y checo; y de 1891 a 1893, cuatro ediciones en Rumanía, por citar algunos ejemplos; aunque este número de ediciones no se vio reflejado en el peso parlamentario de los partidos políticos de corte marxista²¹.

Respecto de la versión en español que es objeto de esta publicación, debe-

18 TOMÁS, Pascual, “La palabra del hombre”, *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.

19 PRIETO, Indalecio, “La capa del Abuelo”, *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.

20 Recuérdese la crítica realizada por el Papa Pío XI en la Encíclica «Divini Redemptoris» de 19 de marzo de 1937, al decir que: “*El comunismo de hoy, de un modo más acentuado que otros movimientos similares del pasado, encierra en sí mismo una idea de aparente redención. Un seudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo satura toda su doctrina y toda su actividad con un cierto misticismo falso, que a las masas halagadas por falaces promesas comunica un ímpetu y tu entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que por la defectuosa distribución de los bienes de este mundo se ha producido una miseria general hasta ahora desconocida*”.

21 HOBSBAWM, Eric J., *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

mos indicar que está abalada por el propio Engels en el prefacio a la edición alemana del manifiesto en 1890, al presentar indirectamente este elogio:

En 1886 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste* de París; es hasta ahora la mejor. De ésta fue hecha una traducción al español, que se publicó en el mismo año, primero en *El Socialista* de Madrid y luego en un folleto: *Manifiesto del Partido Comunista*, por Carlos Marx y F. Engels. Madrid. Administración de *El Socialista*, Hernán Cortés, 8.

La presente edición corresponde a la versión publicada en Madrid (España) por el periódico «*El Socialista*», Órgano del Partido Obrero (actual Partido Socialista Obrero Español), en los números 14 a 22, junio a agosto de 1886. Tras su publicación inicial en las páginas del diario, se procedió a poner a la venta esta obra como un folleto de 32 páginas, al precio de 15 céntimos la unidad.

La fundamentación que subyace en la elección de esta versión se asienta en el anhelo de ofrecer a los lectores una visión auténtica de la primera distribución a gran escala del Manifiesto Comunista en lengua española. La transcripción se realiza de manera fidedigna, preservando la grafía original tal y como fue concebida en su momento. Así, esta edición se erige como una ventana al pasado, un medio de acceder al texto tal y como fue comunicado en su presentación histórica. Sin entrar en análisis lingüísticos, que podrán ofrecer al investigador interesado un ejemplo de cómo nuestro idioma castellano ha evolucionado desde la publicación original, mostramos a continuación el siguiente párrafo de la edición de 1886 (148 palabras) en comparación a versiones posteriores del texto:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente las máquinas e instrumentos de producción, cambiando perpetuamente el sistema de la producción, es decir, toda la organización social. La persistencia en los antiguos métodos de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Un cambio continuo en los modos de producción, un estado incesante de agitación e inseguridad social distingue a la época burguesa de todas las que le han precedido. Los antiguos lazos que unían a los hombres, sus antiguas opiniones y creencias desaparecen rápidamente, y las nuevas son abandonadas aun antes de haber echado raíces. Todo lo que era fijo y estable desaparece; todo lo que era santo y venerable es vilipendiado, y los hombres se ven forzados a considerar sus relaciones mutuas y el problema de la vida desde el punto de vista más terrenal.

Versión realizada por Wenceslao Roces en 1932 y publicada en la Editorial México, S.A., en 1949 (162 palabras):

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

Versión realizada por Mauricio Amster para la Editorial Babel de Chile en 1948 (133 palabras):

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, es decir, las condiciones de producción, o sea, todas las relaciones sociales. El mantenimiento invariable del antiguo modo de producir era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales del pasado. Los continuos cambios en la producción, el incesante sacudimiento de todas las relaciones sociales, la eterna incertidumbre y agitación, destacan a la época burguesa entre todas las anteriores. Todas las relaciones tradicionales e inveteradas, con su secuela de credos e ideas venerables quedan disueltas, y las que las reemplazan caducan antes de cuajarse. Todo lo establecido se va desvaneciendo; todo lo sacro es profanado, y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar sus condiciones de vida y sus relaciones recíprocas en toda su desnudez.

Versión de Ediciones en Lenguas Extranjeras, de 1980 (139 palabras):

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen viejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Las versiones expuestas presentan el mismo contenido y mensaje fundamental, que las transformaciones sociales y la dinámica de la burguesía obligan a las personas a reconsiderar sus relaciones y condiciones de vida; pero la comparación permite identificar diferencias en la redacción y el estilo, que pueden provocar que dependiendo de la lectura de una versión concreta, afecte a cómo se percibe la urgencia o naturaleza de las consideraciones expuestas. Sirva nuevamente de ejemplo el siguiente párrafo, comparado con las versiones anteriormente indicadas:

Versión original de 1886:

La necesidad de un mercado siempre creciente para sus productos, disemina a la burguesía por todo el globo; obligada por esta necesidad, ha tenido que fundar factorías, establecer relaciones y crear medios de comunicación por do quiera.

Versión de Wenceslao Roces (1932):

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.

Versión realizada por Mauricio Amster (1948):

La urgencia de mercados nuevos, cada vez más extensos, para sus productos, impulsa a la burguesía a recorrer el globo entero. Necesita penetrar en todas partes, instalarse en todos los lugares, establecer comunicaciones por doquier.

Edición Progreso de Moscú (1980):

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

En conclusión, en líneas generales el lector encontrará un contenido que se ha mantenido idéntico en el tiempo, salvando las distancias formales del momento en que se produjo la versión seleccionada. Aun así, debe subrayarse una diferencia fundamental en la versión de 1886, al no incluir su autor original de manera consciente el apartado dedicado al “socialismo alemán o verdadero socialismo”, en el Capítulo III de la obra, ofreciendo por ello una explicación razonada del porqué de tal decisión al momento de su publicación en *El Socialista*, que humildemente he tenido la oportunidad de transcribir.

Cabe también destacar que, si bien la versión de 1886 transmite el mensaje original de Marx y Engels, con reconocimiento de este último, no fue sino hasta la traducción de Wenceslao Roces que el público en español pudo acceder a una edición enriquecida con anotaciones explicativas a pie de página, además de incorporar una introducción que contextualiza el origen del texto, incluyendo los prólogos redactados por Engels en las diversas versiones confeccionadas hasta 1893, lo que añadió una dimensión adicional de claridad y contexto a esta obra fundamental.

El Manifiesto en el siglo XXI

De igual forma que el cristianismo impregnó la Edad Media, el marxismo hizo lo mismo sobre una quinta parte de la población mundial en el siglo XX, con un mensaje mesiánico. El Manifiesto, es visto por MORATO:

comparable sólo a los mandamientos, leyes y axiomas emanados de los grandes reformadores religiosos [...]. La redención no de los obreros, de toda la Humanidad, depende de una transformación completa del sistema social, de una transformación total de la propiedad, que conviertan las dos clases que hoy son antagónicas, en una sola de productores²².

En el centenario de la publicación de la obra, DE BROUCKÈRE dedicaba las siguientes palabras al legado del documento:

Nosotros que sabemos bien que Marx no era un Dios, ni incluso un profeta, y que no sería razonable pedirle ser más que humano, no hemos olvidado que el Manifiesto es un folleto de circunstancias del cual, en vida incluso de sus autores, y según su propia confesión, algunas de sus partes habían ya envejecido. Lo que provoca nuestra admiración es que la tercera generación crecida después de la aparición de este opúsculo, encuentre aún tantas verdades aun vivaces, una fuente siempre tan preciosa de inspiración²³.

Desde la atalaya del tiempo, sabemos que el PSOE renunció al marxismo en 1979, y a escala internacional los cimientos del socialismo se sacudieron hasta casi quedar pulverizados con el derrumbe del bloque soviético en 1991. A pesar de su relegamiento en la política a partir de aquella década, en 1998 HOBBSAWN expresaba que quien se adentrara en la lectura del Manifiesto:

²² MORATO, Juan José, “Manifiesto Comunista”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.

²³ DE BROUCKÈRE, Luis, “Después de cien años – Juventud del Manifiesto Comunista”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.

difícilmente podrá evitar ser absorbido por la apasionada convicción, la brevedad concentrada, la fuerza intelectual y estilística de este panfleto asombroso. Aunque esté escrito en un solo arrebatado creativo, sus frases lapidarias se transformaron casi naturalmente en aforismos memorables [...]. De la manera que sea, el Manifiesto comunista como retórica política tiene una fuerza casi bíblica²⁴.

Veinte años después, en el bicentenario del nacimiento del polifacético alemán, TARCUS reflexionaba sobre la relevancia actual que ofrece a las generaciones presentes:

Si el Marx de estos 200 años ya no anuncia, como ayer, la inminencia de la revolución proletaria, viene al menos a recordarnos que los costos de las crisis periódicas del capitalismo las seguirán pagando los más débiles y a darnos herramientas para entender problemas centrales de las sociedades actuales²⁵.

Tras asistir a los efectos del orden mundial unipolar estadounidense, contemplar la aparente decadencia del difuso Occidente, y observar el resurgimiento y expansión de extremismos religiosos, junto con los embates del terrorismo y las diversas crisis económicas de alcance global, el Manifiesto Comunista no ha desvanecido su relevancia histórica. No obstante, podría ser el momento propicio, e incluso una necesidad imperante en nuestro tiempo, de explorar narrativas épicas más afines a las condiciones materiales actuales, ya que la masa madre del documento original no se ajusta a las coordenadas ni problemáticas contemporáneas.

Hoy un sistema domina el mundo, tiene muchos nombres pero le llamaremos globalización, que perpetúa la desigualdad, la explotación y la degradación ambiental. Todavía no hay un jinete que cabalgue ni cause miedo, frente a un mundo interconectado por tecnologías que vistas por los padres del socialismo científico, serían indistinguibles de la magia.

La revolución tecnológica ha sobrepasado lo político, transformando la producción y la distribución de la riqueza de manera sin precedentes. Sin embargo, en lugar de beneficiar a todos, ha intensificado la concentración de poder y riqueza en manos de unos pocos. La automatización y la inteligencia artificial han dado origen a la promesa de emancipar a la humanidad de las cadenas del trabajo monótono y agotador, pero en este acto de liberación ha

24 HOBSBAWN, Eric, “El Manifiesto comunista”, *Memoria 113*, 1998, p. 8.

25 TARCUS, Horacio, “la vuelta de Marx en el siglo XXI”, *Nueva Sociedad*, mayo de 2018. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/la-vuelta-de-marx-en-el-siglo-xxi/>

dado paso a una paradoja: la emancipación conduce a la pauperización del proletariado convirtiéndole en «precariado», la clase social emergente del nuevo mundo globalizado.

El precariado no tiene estabilidad laboral, solo condiciones de trabajo precarias que ofrecen inseguridad en lo profesional, lo económico y por ende en lo familiar, ante la sombra perenne del despido sin previo aviso, una flexibilidad forzada ante las exigencias de un mercado que parece no hacer distinciones entre la infracualificación y la sobrecualificación, y que responde con el retroceso constante de los beneficios conquistados en las luchas laborales de los trabajadores que precedieron a las generaciones presentes.

Se corta el cable del ascensor social, los peldaños de la escalera del mérito y la capacidad yacen convertidos en turba en la que se calientan las hogueras del descontento de los desempleados, en tanto que se acota el cerco contra los seguros por desempleo y jubilación, las prestaciones sanitarias, las vacaciones pagadas, y el tiempo al descanso, en favor de la hiperconexión y la disponibilidad 24/7/365, de los que solo pueden trabajar al límite.

Ya no es suficiente ni con el sistema 996 de China, trabajar de 9 de la mañana a 9 de la noche, 6 días a la semana. Se ha dinamitado el sacrificio colectivo practicado por varias generaciones, dilapidando el legado fruto del esfuerzo y las toneladas vertidas de sangre por una utopía soviética que degeneró junto a sus seguidores en regímenes dictatoriales. Ante ello ha ganado un individualismo carente de empatía, sobreviviendo el limosnero que apenas alivia la herida mortal de un mundo que se ha empequeñecido a la par que sus problemas se han agrandado.

El capitalismo no ha llegado a su fin, porque sencillamente no es posible llegar al mismo. Vive en constante evolución, se revoluciona a sí mismo y su capacidad de absorber y fagocitar cualquier idea, le permite convertir en mercancía sus contrarios, meros elementos de consumo que le permite perpetuarse mientras maximiza las ganancias sin importar las necesidades, empleando la técnica de los lavados de imagen, para hacer olvidar que sigue ahí.

Así aparecen los criterios ESG (*Environmental, Social and Governance*), surgidos para evaluar el desempeño de las empresas, no solo en lo financiero sino también en el compromiso adquirido frente al medio ambiente, la sociedad y su propio funcionamiento interno como sujeto del mercado, pero que no son más que una leve muestra de la adaptabilidad del capitalismo, que en vez de cuestionar los problemas existentes, se reforma en un giro de «gatopardismo»; al igual que ocurre con los ODS (Objetivos del Desarrollo

Sostenible), iniciativa de buena voluntad que sin entrar en las dinámicas del poder, pueden servir de pretexto para justificar intervenciones económicas bajo la apariencia de “ayudas al desarrollo”.

Mientras tanto no se prevén otras cuestiones cruciales: 1) Los riesgos inherentes al avance tecnológico y los perjuicios que podría ocasionar a la sociedad la propagación masiva de información falsa o la recopilación masiva de datos personales, tendencias que en conjunto tienen el potencial de socavar los sistemas democráticos y desestabilizar la armonía social, sin encontrar barreras de protección incluso en el ámbito de la mentalidad individual; 2) el “sálvese quien pueda” que prevalece por la falta de acción significativa de los principales gobiernos al abordar de manera efectiva el calentamiento global; 3) las marcadas diferencias norte-sur y la porosidad de las fronteras ante el desafío de los migrantes y refugiados a escala mundial; 4) la amenaza constante de nuevas pandemias biológicas y cibernéticas, y la incapacidad de ofrecer respuestas conjuntas ante cualquier otro problema de trascendencia global, ya venga de las entrañas del planeta como de las profundidades del cosmos; 5) el aumento de la desigualdad entre los que no tienen nada y los que prácticamente tienen todo, ante la continuidad de las estructuras neocoloniales y de vasallaje que se dan entre países o corporaciones.

Frente a esta coyuntura, en el horizonte del mundo comienza a trotar un caballo, la Inteligencia Artificial. Sus promesas de progreso vienen acompañadas de la amenazante destrucción de empleos, el desamparo de los menos especializados, y la confirmación de la incapacidad de absorber y redirigir a tantos individuos, a menos que sean relegados a una perpetua dependencia de subsidios. Quienes tengan acceso a la tecnología, incluida la genética, estarán en condiciones de pleno dominio sobre quienes queden excluidos de su uso. La vigilancia, la opacidad y la concentración de poder alcanzarán niveles nunca vistos, y lo humano se verá desplazado en favor de lo inorgánico y lo no humano.

Ante este trote solo cabe esperar que surja un jinete que hoy es sombra, por lo inmaterial y desunido que está, carente de cohesión o fuerza alguna en tanto que no alcance conciencia de su existencia, y hasta que desarrolle un discurso con el que expresar su necesaria narrativa.

Esta sombra es el «precariado digital», los desheredados del porvenir, una posible nueva humanidad en cuyas manos recae la responsabilidad de tomar las riendas de ese caballo, y encauzar el progreso tecnológico hacia niveles de cálculo y planificación que permitan cumplir con la máxima «De cada cual se-

gún sus capacidades, a cada cual según sus necesidades», antes de que el trote se convierta en galope, y el caballo le pase por encima a todos los desclasados a quienes golpea la inseguridad laboral en un contexto de economía digital, individualismo extremo, fragmentación y relativismo sin importar su origen; sin entender de fronteras, indiferente de los problemas medioambientales, la destrucción de los ecosistemas y el consumo desmedido e insostenible, que mira hacia el espacio ultraterrestre con ojos ávidos en favor de lo privativo, **conscientes del acceso desigual a estos recursos y que podrían llevar las concentraciones de poder a cotas estratosféricas, priorizando la ganancia sobre las necesidades humanas, olvidando que todos estamos de paso en esta vida, con la obligación mínima de garantizar un mañana habitable para las generaciones venideras.**

Los fantasmas del pasado aún acechan, pero también enfrentamos nuevos **desafíos que requieren de audacia y creatividad. Sólo el jinete del precariado** será capaz de cambiar este sistema, de recordar que el progreso tecnológico y la economía está al servicio de las personas y del deber de perseverar en la obtención del bien común a través de la solidaridad global, que salvaguarde nuestro hogar colectivo, ese punto azul pálido que flota en el sistema solar y del que debemos esparcirnos hacia las estrellas, en un futuro de esperanza y realización para la humanidad.

En tanto no se produzca esa irrupción, solo cabe: Aprender del entorno y las circunstancias materiales que nos rodean, con el propósito de adquirir conocimiento y comprensión; Adaptarse para lograr un desempeño más eficiente y eficaz ante los desafíos que enfrentamos; Avanzar a partir de los errores del pasado, mejorando todo aquello que está a nuestro alcance con el objetivo de progresar; y Aguantar hasta el final, manteniendo una dinámica constante y perseverante hacia nuestros objetivos. Mientras, disfrutemos del documento histórico que es el Manifiesto Comunista.

Borja García Vázquez

Bibliografía

- AMSTER, Mauricio, *Manifiesto Comunista, 1848-1948*, Santiago de Chile, Babel, 1948.
- COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista I: Los precursores 1789-1850*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista II: Marxismo y Anarquismo 1850-1890*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista III: La Segunda Internacional 1889-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- COLE, G.D.H., *Historia del pensamiento socialista IV: La Segunda Internacional 1889-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- DE BROUCKÈRE, Luis, “Después de cien años – Juventud del Manifiesto Comunista”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.
- DUNAYEVSKAYA, Raya, *La filosofía de la revolución en permanencia de Marx en nuestros días*, México, Juan Pablo Editor, 2019.
- EAGLETON, Terry, *Por qué Marx tenía razón*,
- EDITORIAL PROGRESO DE MOSCÚ, *Manifiesto del Partido Comunista*, 1981.
- FRASER, Ian, *The Marx Dictionary*, Continuum, 2011.
- HOBBSAWM, Eric J., *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, 1983
- HOBBSAWN, Eric, “El Manifiesto comunista”, *Memoria*, núm.113, 1998.
- LEWIS, John, *El marxismo de Marx*, México D.F., Editorial nuestro tiempo, 1973.
- LLOPIS, Rodolfo, “La doctrina hecha carne”, *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.
- MESA LEOMPART, José, “El doctor Carlos Marx”, *La Ilustración Española y Americana*, año XVI, n° V, Madrid, 1 de febrero de 1872, pp. 71-74. Disponible en: <https://www.filosofia.org/hem/dep/iea/8720201m.htm>
- MORA, Francisco, “El Manifiesto Comunista programa del socialismo científico”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.
- MORATO, Juan José, “Manifiesto Comunista”, *El Socialista*, núm. 5.404, 19 de marzo de 1948.
- PRIETO, Indalecio, “La capa del Abuelo”, *El Socialista*, número 5.538, 19 de octubre de 1950.

INTRODUCCIÓN

ROCES, Wenceslao, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Editorial México, S.A., 1949.

ROSENAL, M.; IUDIN, P., *Diccionario filosófico marxista*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1946.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Siglo XXI Editores, 2003.

TARCUS, Horacio, “La vuelta de Marx en el siglo XXI”, Nueva Sociedad, mayo de 2018. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/la-vuelta-de-marx-en-el-siglo-xxi/>

TOMÁS, Pascual, “La palabra del hombre”, El Socialista, número 5.538, 19 de octubre de 1950.



Sello conmemorativo de la URSS con motivo de los 100 años del Manifiesto Comunista.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Europa está acosada por un fantasma, por el fantasma del comunismo.

Todos los poderes de la vieja Europa se han unido en santa cruzada contra ese fantasma: el papa y el czar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. ¿Dónde está la oposición que no haya sido acusada de comunismo por sus enemigos en el poder? Y ¿Dónde está la oposición que no haya lanzado esta acusación al rostro de sus opositores más avanzados, lo mismo que de sus enemigos reaccionarios? Dos cosas se desprenden de la consideración de estos hechos:

I. Las potencias oficiales de Europa reconocen el comunismo como una potencia.

II. Es hora ya, para los comunistas, de proclamar abiertamente ante el mundo sus miras, sus tendencias y sus fines; de contestar a esas fábulas ridículas sobre el espantajo del comunismo con un Manifiesto del Partido Comunista.

Con este objeto, los comunistas de diferentes nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el Manifiesto siguiente, que será publicado en inglés, en alemán, en francés, en italiano, en holandés y en dinamarqués.

CAPÍTULO PRIMERO BURGUESES Y PROLETARIOS

Hasta ahora la historia de todas las sociedades ha sido la historia de luchas entre las clases que la componen. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, gremiales y compañeros, en una palabra, opresores y oprimidos, han estado siempre en oposición directa.

La lucha, ora sorda, ora declarada, ha sido continua. Batalla incesante que ha terminado siempre por una transformación revolucionaria de la sociedad entera, o bien por la destrucción de las clases hostiles.

En las anteriores épocas históricas vemos casi por doquiera una división en clases o rangos, una variedad de grados en la posición social. En la antigua Roma vemos a los patricios y caballeros, plebeyos y esclavos; en la Europa de la Edad Media, señores, vasallos, burgueses, compañeros y siervos, y en cada una de estas clases había aún distinciones graduadas. La sociedad burguesa moderna ha salido de las ruinas del sistema feudal, pero no ha abolido de ningún modo el antagonismo de las clases.

Nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas, nuevos medios de lucha han reemplazado a los antiguos. El carácter de nuestra época, la era de la clase media, de la burguesía, consiste en que la lucha entre las diferentes clases ha sido reducida a su más simple forma. La sociedad se divide de día en día en dos grandes campos, en dos grandes ejércitos enemigos: **la Burguesía y el Proletariado.**

Los burgueses de los antiguos municipios salieron de los siervos de la Edad Media, y de la clase municipal salieron los elementos constitutivos de la burguesía moderna.

El descubrimiento del Nuevo Mundo y la circunnavegación del África abrieron a la clase media, a la sazón naciente, campos más vastos de acción y movimiento. La colonización de América, la apertura de los mercados de la India y de la China, el comercio colonial, el acrecentamiento de la masa de mercancías y de los medios de cambio, dieron un impulso, hasta entonces desconocido, al comercio, a la navegación, a las manufacturas, y ayudaron a la evolución rápida del elemento revolucionario en la sociedad feudal en decadencia. El antiguo sistema feudal de producción industrial por medio de gremios y maestrías no bastaba ya para los pedidos crecientes de estos nuevos mercados, y fue reemplazado por el sistema manufacturero. Desaparecieron los gremios ante la pequeña burguesía industrial; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones fue reemplazada por la división del trabajo entre los obreros de un mismo taller.

Pero los pedidos seguían creciendo, se abrían nuevos mercados: este sistema manufacturero fue a su vez insuficiente. Entonces la producción industrial fue revolucionada por las máquinas y el vapor. El sistema moderno de la **industria se desarrolló en todas sus gigantescas proporciones: en lugar de una clase media, hallamos industriales millonarios, jefes de ejércitos enteros de trabajadores.** Tales son los burgueses modernos, los capitalistas.

La grande industria creó el mercado universal, ya preparado por el descubrimiento de América, y el mercado universal dio un inmenso desarrollo al comercio y a los medios de comunicación por tierra y por mar. Esto influyó sobre la expansión de la industria y en las mismas proporciones que la industria, el comercio, la navegación y los caminos de hierro se extendían, la burguesía se desarrollaba, acrecentaba su capital y echaba hacia atrás a todas las demás clases transmitidas por la Edad Media.

La burguesía moderna es, pues, el resultado de un largo desenvolvimiento, de una serie de revoluciones en los modos de producción y de cambio. A cada

grado de evolución industrial atravesado por la burguesía, ha seguido un grado correspondiente de desarrollo político. Oprimida bajo el régimen feudal, la burguesía revistió primero la forma de asociaciones armadas rigiéndose a sí mismas en las municipalidades de la Edad Media. En un país la vemos bajo la forma de república comercial de ciudad libre; en otro como el tercer Estado imponible de la monarquía. Más adelante, cuando prevaleció el sistema manufacturero y antes de la introducción del vapor, la burguesía vino a ser el contrapeso de la nobleza en las monarquías absolutas, y en general, la base de todas las grandes monarquías. Finalmente, desde el establecimiento del sistema industrial moderno y del mercado universal, esta clase ha ganado la posesión exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. Los gobiernos modernos no son ya en realidad otra cosa que comités instituidos para cuidar de los negocios comunes de la clase burguesa.

La burguesía ha representado en la historia un papel sumamente revolucionario: tan luego como obtuvo el poder, destruyó todas las relaciones feudales, patriarcales y pastorales; rompió uno a uno todos los eslabones de aquella cadena feudal que ligaba a los hombres a sus superiores naturales, no dejando subsistir entre hombre y hombre otro lazo que el del pago al contado.

La burguesía ha cambiado la dignidad personal en valor venal y remplazado con la simple y desordenada libertad del comercio las numerosas libertades municipales, tan laboriosamente conquistadas en la Edad Media. El entusiasmo caballeresco, las piadosas emociones, se han desvanecido ante el soplo helado de sus cálculos egoístas. En una palabra, la burguesía ha puesto la expoliación abierta, directa, descarada, en el lugar del sistema anterior, de expoliación escondida tras ilusiones políticas y religiosas; ha desgarrado el velo sagrado que cubría los diversos modos de la actividad humana y los hacía venerables y venerados: ha hecho del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del filósofo, sus servidores asalariados: ha desgarrado el velo interesante del sentimiento en los lazos domésticos y reducido las relaciones de familia a una simple cuestión metálica. La burguesía ha mostrado que la fuerza bruta de la Edad Media, tan admirada por los reaccionarios, tiene su complemento natural en la ociosidad disoluta; pero ha mostrado también lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy superiores a las Pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y sus expediciones han sobrepujado en mucho a las antiguas cruzadas y las antiguas emigraciones.

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesan-

temente las máquinas e instrumentos de producción, cambiando perpetuamente el sistema de la producción, es decir, toda la organización social. La persistencia en los antiguos métodos de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Un cambio continuo en los modos de producción, un estado incesante de agitación e inseguridad social distingue a la época burguesa de todas las que le han precedido. Los antiguos lazos que unían a los hombres, sus antiguas opiniones y creencias desaparecen rápidamente, y las nuevas son abandonadas aun antes de haber echado raíces. Todo lo que era fijo y estable desaparece; todo lo que era santo y venerable es vilipendiado, y los hombres se ven forzados a considerar sus relaciones mutuas y el problema de la vida desde el punto de vista más terrenal.

La necesidad de un mercado siempre creciente para sus productos disemina a la burguesía por todo el globo; obligada por esta necesidad, ha tenido que fundar factorías, establecer relaciones y crear medios de comunicación por do quiera. Por medio de este mercado universal ha dado al consumo una tendencia cosmopolita. Con gran sentimiento de los reaccionarios, la burguesía ha quitado al sistema industrial moderno sus cimientos nacionales. Las antiguas manufacturas nacionales fueron destruidas o están a punto de serlo, para ser reemplazadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todos los países civilizados. Las materias primeras de éstos, en vez de ser indígenas, vienen de las más apartadas regiones, y sus productos, en lugar de ser consumidos por el mercado nacional, son vendidos en el mundo entero. En lugar de las antiguas necesidades nacionales, satisfechas con productos indígenas, hallamos por todas partes necesidades nuevas, que sólo pueden ser satisfechas con productos de los países más remotos, de los climas más diversos.

Los mismos hechos se reproducen en el mundo intelectual.

Los productos intelectuales de las distintas naciones tienden a convertirse en propiedad común. Las ideas nacionales estrechas, las limitaciones mentales se hacen cada día más imposibles, y una literatura universal se forma de las numerosas literaturas nacionales y locales. Con los mejoramientos incesantes de las máquinas y de los medios de locomoción, la burguesía arrastra a los salvajes más bárbaros dentro del círculo mágico de la civilización. La baratura: tal es su artillería para batir en brecha las murallas de la China y para vencer la obstinada aversión mantenida contra los extranjeros por las naciones semicivilizadas. Los burgueses, con su concurrencia, imponen la

adopción de su sistema de producción, so pena de ruina inevitable; obligan a las naciones a aceptar lo que se llama la civilización, a convertirse en burgueses. Así es como la clase media reconstruye el mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha puesto al campo bajo la influencia de la ciudad; ha creado enormes centros de población, y con el inmenso acrecentamiento de ésta en los distritos manufactureros, en comparación de su desarrollo en los distritos agrícolas, ha preservado en cada país una gran parte de la población del idiotismo de la vida del campo. La burguesía no sólo ha subordinado al campo a la ciudad, sino que ha hecho a las tribus bárbaras y semicivilizadas dependientes de las naciones civilizadas; a los países agrícolas dependientes de los países manufactureros: al Oriente del Occidente.

Las divisiones de propiedad, de medios de producción y de población se borran bajo el régimen burgués. Este régimen aglomera la población; centraliza los medios de producción; concentra la propiedad en un corto número de manos. La centralización política es su consecuencia. Las provincias independientes, con intereses diversos, rodeada cada una de ellas de una línea de aduanas y colocada bajo un gobierno local distinto, se reúnen en una sola nación bajo un solo Gobierno, sujetas a las mismas leyes, con una sola línea de aduanas, con una sola tarifa y con el mismo interés nacional.

El régimen burgués no lleva un siglo de existencia y, sin embargo, ha creado medios más gigantescos de producción que todas las anteriores generaciones juntas. La sumisión de los elementos de la naturaleza, el desenvolvimiento de la mecánica, la aplicación de la química a la agricultura y a la industria, como los ferrocarriles, los telégrafos, los buques de vapor, el cultivo de continentes enteros, la canalización de millares de ríos, y finalmente, numerosas poblaciones, ejércitos industriales han surgido como por magia. ¿Qué generación precedente habría soñado nunca que tales fuerzas productivas existiesen latentes en la sociedad?

Ya hemos visto que estos medios de producción y de comercio que han servido de base al desarrollo de la clase media, tuvieron su nacimiento en la época feudal.

Al llegar a cierto punto en la evolución de estos medios, la organización bajo la cual la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la producción agrícola e industrial, en una palabra, las condiciones de la propiedad feudal acabaron por no corresponder ya al acrecentamiento de las fuerzas productivas. Estas condiciones vinieron a ser una traba; se convirtie-

ron en cadenas que era preciso romper, y se rompieron. Fueron reemplazadas por la competencia sin límites, con una constitución política y social adaptada a ella, con la supremacía económica y política de la burguesía.

En la actualidad se efectúa a nuestra vista una modificación semejante. La sociedad burguesa moderna, que ha revolucionado las condiciones de la propiedad y ha hecho surgir medios colosales de producción y de comercio, semeja al mágico que evoca los poderes de las tinieblas, pero que no puede dominarlos ni librarse de ellos cuando aparecen. La historia de las manufacturas y del comercio ha sido durante muchos años la historia de las rebeliones de la potencia productiva moderna contra el sistema industrial moderno, contra las condiciones modernas de la propiedad, que son condiciones vitales, no sólo para la supremacía de la burguesía, sino para su misma existencia. Nos bastará mencionar las crisis comerciales que, en cada una de sus apariciones periódicas, ponen cada vez más en peligro la existencia de la burguesía. En cada crisis hay, no sólo una cantidad de productos industriales destruidos, sino también una gran parte de la fuerza productiva. Se presenta una epidemia social, la epidemia de la *surproducción*, que habría parecido una contradicción a todas las generaciones precedentes. De pronto, la sociedad se encuentra momentáneamente sumida en la barbarie: un hambre, una guerra devastadora parece privarla de repente de sus medios de subsistencia: las manufacturas y el comercio parecen aniquilados; y ¿por qué? porque la sociedad tiene demasiada civilización, demasiadas necesidades de vida, demasiada industria, demasiado comercio. La fuerza productiva de la sociedad no es ya un instrumento de civilización burguesa, una condición burguesa de la propiedad; por el contrario, esta fuerza se ha hecho demasiado poderosa para el sistema que le opone límites, y cada vez que traspasa estos límites artificiales, trastorna el sistema social burgués, pone en peligro la propiedad burguesa. El sistema social de la clase media es hoy demasiado pequeño para **contener las riquezas que la burguesía ha engendrado.**

¿Cómo procuran los burgueses resistir estas crisis comerciales? Por una parte, destruyendo masas de fuerzas productivas; por otra, abriendo nuevos mercados y obstruyendo los antiguos. Es decir, que preparan el camino a crisis más peligrosas y más universales, y reducen los medios de precaverlas. Las armas con que la burguesía derribó el feudalismo están ahora vueltas contra ella. Y la burguesía no ha preparado solamente las armas que deben destruirla, sino que ha dado vida también a los hombres que están destinados a emplear estas armas; esto es, a los obreros modernos, a los proletarios.

El desenvolvimiento del proletariado ha seguido al de la burguesía, es decir, al acrecentamiento del capital, pues el obrero moderno no puede vivir sino cuando encuentra trabajo, y no lo encuentra sino cuando su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, que tienen que venderse al detalle al mejor postor, son una mercancía como los demás artículos de comercio, y por consecuencia están sujetos igualmente a todas las variaciones del mercado, a todos los efectos de la competencia.

Con la división del trabajo y la generalización de las máquinas, el trabajo ha perdido su carácter individual, y por consecuencia su interés para el productor, viniendo a ser simplemente un accesorio, una parte de la máquina, y todo lo que se exige de él es una operación fatigosa, monótona y puramente mecánica. El gasto de salarios que el esclavo cuesta al capitalista es, por consecuencia, igual al coste de su entretenimiento y de la propagación de su raza. El precio del trabajo, lo mismo que el de cualquiera otra mercancía, es igual al coste de la producción. Por consecuencia, los salarios disminuyen en proporción que el trabajo se hace mecánico, monótono, fatigoso y repulsivo. Finalmente, a medida que aumenta la aplicación de las máquinas y la división del trabajo, aumenta también la suma del trabajo, ora por un aumento en las horas de trabajo, ora en la cantidad de trabajo, en un tiempo dado, o en una velocidad mayor de la máquina empleada.

El sistema industrial moderno ha cambiado el pequeño taller del antiguo maestro patriarca por la fábrica del burgués capitalista. Masas obreras están amontonadas en un gran establecimiento, organizadas como un regimiento de tropa y colocadas bajo la dirección de una jerarquía completa de oficiales, sargentos y cabos. Estos obreros son, no sólo esclavos de la clase burguesa, del régimen burgués, sino que cada día, a cada hora, son los esclavos de la máquina, del contraamaestre, de los dueños y de los empleados. Este despotismo es tanto más repugnante, despreciativo y duro, cuanto que la ganancia está proclamada abiertamente como su objeto y único fin.

A proporción que el trabajo exige menos fuerzas y menos habilidad, esto es, en proporción del desarrollo mismo del sistema industrial moderno, tiene lugar la adopción del trabajo de las mujeres y de los niños en sustitución del de los hombres. Las distinciones de edad y de sexo no tienen hoy ninguna significación social para los proletarios; éstos no son ya más que máquinas de trabajo que cuestan más o menos, según su sexo o su edad. Por último, cuando el manufacturero ha exprimido al obrero todo lo que le ha sido posible, los más burgueses, como propietarios, prestamistas y tenderos, caen sobre él como otras tantas arpías.

Los grados inferiores de la burguesía, como pequeños fabricantes, tenderos y arrendadores, tienden a convertirse en proletarios, en parte porque su pequeño capital sucumbe ante la competencia millonaria, y en parte por los cambios incesantes de las maneras de producción que deprecian su destreza y **habilidad especiales**.

Así, pues, el proletario sale de las diferentes clases de la población.

Esta clase pasa por muchas fases de desarrollo; pero su lucha con la burguesía data de su nacimiento.

Primero, la lucha económica por obreros aislados; luego, por los que pertenecen a un mismo establecimiento, y después, por los de un mismo oficio en la misma localidad contra los individuos de la burguesía que los explotan directamente. Estos obreros atacan, no sólo el sistema burgués, sino hasta a los instrumentos de la producción: destruyen las máquinas y las mercancías extranjeras que hacen la competencia a sus productos; queman las fábricas y se esfuerzan por volver a la posición ocupada por los productores de la Edad Media. El Proletariado forma entonces una masa desorganizada, esparcida por todas partes y dividida por la competencia. Una unión más compacta no es resultado de su propio desenvolvimiento, sino la consecuencia de la unión de la clase burguesa; pues los burgueses han tenido hasta aquí la necesidad y el poder de poner en movimiento al Proletariado entero para el cumplimiento de su propio fin político, desenvuelto en cierto grado. Por consecuencia, los proletarios no combaten primero a sus propios enemigos, sino a los enemigos de sus enemigos, a los restos de la monarquía absoluta, de la nobleza, así como a los burgueses no productores y a los tenderos. Así, pues, todo el movimiento histórico está concentrado hasta ahora en manos de la burguesía: cada victoria se convierte en su provecho. Pero el acrecentamiento del Proletariado sigue a la revolución de la producción; las clases obreras se hallan reunidas en masas y aprenden a conocer su fuerza. El interés y la condición de los diferentes oficios se identifica porque las máquinas tienden a reducir los salarios al mismo nivel y a establecer cada vez menos diferencias entre los diversos géneros de trabajo. El aumento de la competencia entre los burgueses y las crisis comerciales que son su consecuencia, hacen la condición de los proletarios cada vez más precaria, y los choques, individuales al principio, toman poco a poco el carácter de una lucha entre dos clases. Los obreros comienzan a formar Sociedades de resistencia contra los amos; hacen huelgas en masa para evitar la reducción de sus salarios; organizan Asociaciones para ayudarse mutuamente y para prepararse en caso de huelga. En algunos puntos la lucha toma el carácter de motín.

De cuando en cuando los proletarios salen triunfantes, pero sólo es por un momento. El resultado efectivo de sus luchas no es el triunfo inmediato, sino la coalición siempre creciente entre ellos. Esta coalición se ve favorecida por la facilidad de las comunicaciones, que ponen en contacto mutuo a los proletarios pertenecientes a las localidades más apartadas entre sí. Este contacto es todo lo que se necesita para convertir luchas locales sin número que tienen todas el mismo carácter, en una lucha nacional, en una guerra de clases. **Toda lucha de clases es una lucha política; y la unión que los burgueses de la Edad Media, con sus malos caminos vecinales, han empleado siglos en llevar a cabo, los proletarios modernos, por medio de los ferrocarriles, lo efectúan en algunos años.**

La organización del proletariado en clase, y por consecuencia en partido político, se ve sin cesar destruida por la competencia que los obreros se hacen entre sí; pero reaparece siempre, y cada vez más fuerte, más compacta, más extensa. Aprovechándose de las divisiones intestinas de la clase imperante, obliga a ésta a reconocer, bajo forma de leyes, ciertos intereses de la clase trabajadora. Ejemplo: el *bill* de las diez horas en Inglaterra.

Las colisiones que se producen en el seno de la clase dominante activan de diversos modos el desenvolvimiento del proletariado. La burguesía vive en un estado de lucha perpetua: primero contra la aristocracia; luego contra esa parte de sí misma cuyos intereses llegan a oponerse al progreso de la producción industrial, y finalmente, contra la burguesía de los demás países. En todas estas luchas, la burguesía se ve obligada a llamar en su ayuda al proletariado, y por consecuencia a arrastrarle en el movimiento político. Así, pues, la burguesía suministra al proletariado los elementos de desarrollo que le son propios, es decir, armas contra ella misma. Además, como ya lo hemos visto, los progresos de la industria arrojan de continuo grandes porciones de la clase dominante a las filas de los proletarios, o cuando menos, amenazan sus condiciones de existencia. Estas porciones desprendidas de la burguesía traen también al proletariado numerosos elementos de desarrollo.

Finalmente, cuando la lucha de clases se acerca al momento decisivo, la disolución de la clase dominante y de toda la vieja sociedad toma un carácter tan violento, tan significativo, que una pequeña fracción de la burguesía se separa de ella y se une a la clase revolucionaria, que tiene en sus manos el porvenir. En otro tiempo una parte de la nobleza se puso al lado de la burguesía. Hoy una parte de la burguesía se junta con el proletariado: esta parte sale especialmente de la burguesía ideóloga, de los pensadores de la

clase media, que han comprendido teóricamente la marcha del movimiento histórico moderno.

De todas las clases que hacen hoy la guerra a la burguesía, el proletariado es la única verdaderamente revolucionaria. Las demás clases degeneran y desaparecen con la grande industria. El proletariado, al contrario de todas ellas, es el producto natural e inevitable de la grande industria. Los pequeños fabricantes, tenderos, artesanos, labradores, no luchan sino para salvar su posición como pequeños capitalistas, no son revolucionarios, sino conservadores y hasta reaccionarios, pues se esfuerzan en hacer retroceder el carro de la historia. Cuando estas clases subordinadas son revolucionarias, lo son tan sólo por miedo de su absorción inevitable por el proletariado, en cuyo caso no defienden ya sus intereses inmediatos, sino los venideros; abandonan el punto de vista de su clase para tomar el del proletariado. La hez proletaria, esa podredumbre pasiva de las capas más bajas de la antigua sociedad, se ve acá y acullá lanzada al movimiento por una revolución proletaria; pero su posición social hace generalmente de ella un instrumento venal en manos de los intrigantes reaccionarios.

Las condiciones vitales de la vieja sociedad están ya destruidas en las condiciones vitales en que ha venido a colocar al proletariado. El proletario no tiene propiedad; sus relaciones con mujer e hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares de la burguesía. El trabajo industrial moderno y la sujeción del trabajo al capital, en Inglaterra lo mismo que en Francia, en América lo mismo que en Alemania, lo ha despojado de su carácter nacional. Ley, moralidad, religión, son para él otras tantas preocupaciones burguesas, bajo las cuales se esconden otros tantos intereses burgueses.

Hasta ahora, todas las clases que se han disputado el poder han tratado de conservar la posición social ya adquirida, imponiendo al resto de la sociedad sus propias condiciones de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas sociales productivas sino destruyendo la manera de apropiación empleada hasta ahora, y en su consecuencia, la manera de apropiación de la sociedad presente en general. Los proletarios no poseen nada en propiedad que necesiten garantizar; su tarea consiste en destruir todas las seguridades y posesiones privadas existentes.

Hasta ahora todos los movimientos históricos han sido movimientos de minorías, o en provecho de minorías; el movimiento proletario es, por el contrario, el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, última capa de la sociedad actual, no puede sublevarse sin hacer estallar todas las capas superiores que forman la socie-

dad oficial moderna. Si bien la lucha del proletariado contra la burguesía no es realmente una lucha nacional, tendrá que serlo de hecho, pues es preciso que el proletariado de cada país ajuste las cuentas primero a su propia burguesía.

Al describir las fases más generales del desenvolvimiento del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos latente, que desgarró la sociedad hasta el punto en que estalla en revolución abierta y en que el proletariado establece su propia dominación sobre las ruinas de la dominación burguesa. Hemos visto que todas las antiguas formas de la sociedad han descansado en el antagonismo de clases opresoras y oprimidas. Más para oprimir a una clase es necesario que se le aseguren por lo menos las condiciones en las cuales pueda continuar su existencia de esclavitud. El siervo de la Edad Media en plena servidumbre se eleva al rango de miembro del municipio. El pequeño burgués, bajo el yugo monárquico feudal, llega a la posición del burgués moderno; pero el proletario, en vez de mejorar su condición con el desarrollo de la industria, desciende cada día más y más, hasta colocarse bajo el nivel de las condiciones de existencia de su propia clase.

El proletario cae en la miseria, y el pauperismo crece con más rapidez todavía que la población y la riqueza. He ahí, pues, la prueba de que la burguesía es incapaz de seguir siendo por más tiempo la clase dominante de la sociedad y de imponerle como ley suprema las condiciones de existencia de su propia clase.

La burguesía es incapaz de gobernar, porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia misma como esclavos, y porque no puede ya impedir a los obreros que lleguen a una situación, en la cual, en vez de ser alimentada por ellos, la burguesía se vea obligada a alimentarlos.

La sociedad no puede existir ya bajo el poder de esta clase; de hoy en adelante la existencia de la burguesía es incompatible con la de la sociedad. La condición más indispensable de existencia y de supremacía para la burguesía es la acumulación de la riqueza en las manos de los particulares, la formación y la acumulación del capital individual. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado, y éste está basado en la competencia de los proletarios entre sí. Pero el progreso de la industria, cuyo agente involuntario es la burguesía, hace que el aislamiento de los proletarios, producto de la competencia, esté reemplazado por la unión revolucionaria, producto de la asociación. El progreso de la industria destruye, pues, bajo las plantas de la burguesía, la base sobre que ésta hace producir y apropiarse los productos del trabajo. La burguesía engendra por sí misma a sus propios sepultureros. Su destrucción y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables.

Российская Социалистическая Федеративная Советская Республика.

„Пролетарии всех стран, соединяйтесь!“



1 М А Я

**РАБОЧИМ НЕЧЕГО ТЕРЯТЬ, КРОМЕ СВОИХ ЦЕПЕЙ,
А ПРИОБРЕТУТ ОНИ ЦЕЛЫЙ МИР.**

К. Маркс и Ф. Энгельс.

Издательство Всероссийского Центрального Комитета Советских Рабочих, Крестьян, и Казачьих Депутатов.

“1 de mayo / Los trabajadores no tienen nada que perder sino sus cadenas”

Aleksandrs Apsitis, 1919.

CAPÍTULO SEGUNDO PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación existe entre los comunistas y los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido distinto, opuesto a los demás partidos obreros; sus intereses no difieren en nada de los del proletariado en general; no presentan ningún principio particular con pretensiones de modelar sobre él el movimiento proletario. Los comunistas se distinguen de las demás fracciones del partido proletario en dos puntos:

Primero, que en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, los comunistas abrazan el interés común del proletariado colectivo, interés independiente de toda nacionalidad; y segundo, que durante las diferentes fases del desenvolvimiento de la lucha entre la burguesía y el proletariado, los comunistas abrazan los intereses del movimiento todo entero. Prácticamente, los comunistas forman, pues, la parte más decidida de los proletarios de todos los países; la que empuja siempre a las demás hacia adelante. Teóricamente, tienen sobre la masa del proletariado la ventaja de la conciencia de las condiciones, de la marcha y de los resultados del movimiento proletario.

El fin inmediato de los comunistas es el de todos los proletarios:

Organización del proletariado como clase, destrucción de la supremacía burguesa y conquista del poder político por el proletariado.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no están basadas de ningún modo sobre ideas o principios descubiertos por tal o cual reformador: son la expresión general de relaciones existentes de hecho en una lucha de clases dada, en un movimiento histórico que se realiza a nuestros ojos.

La abolición de ciertas relaciones de propiedad no constituye el carácter distintivo del comunismo. Todas las formas de la propiedad han sufrido cambios históricos continuos. La revolución francesa, por ejemplo, destruyó la propiedad feudal para reemplazarla con la propiedad burguesa. El carácter distintivo del comunismo no es, pues, la demanda de abolición de la propiedad en general, sino la de abolición de la propiedad burguesa. Mas como la propiedad privada burguesa es la última y más exacta expresión del modo de producción y de apropiación basado en el antagonismo de clases y en la explotación de los unos por los otros, en este sentido ciertamente los comunistas pueden resumir su teoría entera en esta sola expresión: **abolición de la propiedad privada.**

Se echa en cara a los comunistas el querer abolir la propiedad adquirida personalmente por medio del trabajo, base de toda libertad, de toda activi-

dad, de toda independencia personales. ¡La propiedad adquirida por medio del trabajo! ¿Se quiere hablar de la propiedad del pequeño fabricante, del tendero al por menor, del labrador en pequeño, propiedad que precede a la propiedad actual burguesa? No tenemos necesidad de abolirla, pues el progreso de la industria la ha destruido y...la destruyó aun diariamente. ¿Se quiere hablar de la propiedad burguesa actual? ¿Mas, por ventura, el trabajo crea, en el sistema del salario, propiedad para el asalariado, para el proletario? No. Lo que crea es el capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino con la condición de crear más trabajo asalariado, para explotarle más y más.

La propiedad, en su forma actual, descansa sobre el antagonismo del capital y del trabajo asalariado. Examinemos ambos lados de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar, no sólo una posición personal, sino una posición social en el sistema de la producción. El capital es un producto colectivo, y no puede ser puesto en movimiento sino por la acción común de muchos, y hasta, en último término, por la acción común de todos los miembros de la sociedad. El capital no es, pues, una potencia individual, es una potencia social. Por consecuencia, cuando el capital se transforme en propiedad perteneciente en común a todos los miembros de la sociedad, la propiedad privada no se transformará por esto en propiedad social, puesto que lo era ya antes. Lo único que se transforma es el carácter social de la propiedad: ésta pierde su carácter de clase.

Examinemos ahora el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el *mínimum* del salario, es decir, la cantidad de medios de subsistencia necesaria para perpetuar al trabajador como tal. Lo que el obrero asalariado se apropia por medio de su trabajo es simplemente lo absolutamente necesario para la continuación de su existencia. Seguramente no queremos abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo para la reproducción de la vida inmediata, apropiación que no deja ningún beneficio líquido que dé poder sobre el trabajo de los demás; queremos únicamente cambiar el carácter miserable de esta apropiación, en virtud del cual el productor no vive sino para aumentar el capital, no vive sino en tanto que la clase dominante está interesada en que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo viviente no es más que un medio de aumentar el trabajo acumulado; en la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es sino un medio de ensanchar, de enriquecer y desarrollar la vida del **productor**.

En la sociedad burguesa el pasado tiene la primacía sobre el presente; en la sociedad comunista el presente tiene la primacía sobre el pasado.

En la sociedad burguesa, el capital es independiente y personal, mientras que el individuo es dependiente y se halla privado de personalidad.

¡Y la destrucción de un sistema semejante es llamada por la burguesía la destrucción de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Lo que se trata de abolir es la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

En las condiciones presentes de la producción burguesa, libertad significa cambio, libertad de comprar y vender. Mas una vez suprimido el comercio, el libre comercio debe caer con él. Las declamaciones contra el libre cambio, como todas las demás alharacas liberales de la burguesía, no tienen significación sino por oposición a las trabas comerciales, a los pequeños burgueses oprimidos de la Edad Media; no significan absolutamente nada en oposición a la destrucción comunista del comercio, de las relaciones de producción burguesa y de la misma burguesía.

¡Ponéis el grito en el cielo porque queremos abolir la propiedad privada! Y sin embargo, la propiedad está ya abolida en vuestra sociedad presente para las nueve décimas partes de los ciudadanos; la primera condición de existencia de la propiedad privada es precisamente la no existencia para las nueve décimas partes de la población. Nos reprocháis, pues, el querer abolir un género de propiedad que tiene por base necesaria la expropiación absoluta de la inmensa mayoría de los miembros de la sociedad. En una palabra, nos echáis en cara el querer abolir vuestra propiedad. Precisamente eso es lo que queremos.

Desde el punto en que el trabajo no pueda ya ser transformado en capital, en dinero, en renta territorial, en un poder social capaz de ser monopolizado, es decir, desde el punto en que la propiedad personal no pueda ya transformarse en propiedad burguesa, desde este instante vosotros declararéis la individualidad abolida. Reconocéis que, para vosotros, el individuo no es más que el burgués, el capitalista. En efecto, ese individuo será abolido. El comunismo no quita a nadie el poder de apropiarse los productos sociales; no quita más que el poder de subyugar, por medio de esta apropiación, el trabajo de los demás.

Se objeta que cesará la actividad y que una pereza universal vendrá a invadir la sociedad el día en que la propiedad privada quede abolida. Desde este punto de vista la sociedad burguesa debería estar mucho tiempo ha arruinada por la pereza, pues bajo su régimen, los que trabajan no adquieren propiedad

y los que la adquieren no trabajan. Esta objeción descansa en la proposición tautológica de que no habrá trabajo asalariado el día en que no haya capital.

Todas las objeciones hechas al modo comunista de producción y de apropiación de los productos materiales han sido aplicadas también a la producción y a la apropiación de los productos intelectuales. Como en opinión del burgués la destrucción de la propiedad de clase lleva consigo la cesación de la producción, del mismo modo supone que la abolición de la civilización de clase es idéntica a la cesación de la civilización en general. La civilización cuya muerte deplora el burgués es la que transforma a los hombres en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras midáis la abolición de la propiedad burguesa que pedimos por vuestras ideas burguesas de libertad, de civilización, de derechos, etc. Vuestras ideas mismas son los productos de las relaciones de producción y de apropiación burguesas, así como vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase que toma forma de ley, voluntad cuyo contenido se os impone por las condiciones vitales de vuestra clase.

La manera interesada como apreciáis vuestras relaciones de producción y de apropiación, no como relaciones históricas transformables con el desenvolvimiento de la producción, sino como leyes eternas de la razón y de la naturaleza, esta manera de ver es común a todas las clases dominantes que os han precedido. Lo que concebís perfectamente, tratándose de la propiedad antigua, griega y romana, lo que concebís cuando se trata de la propiedad feudal, os está prohibido concebirlo con respecto a la propiedad burguesa moderna.

¡Abolir la familia! –Ante este error atribuido a los comunistas, los radicales de los radicales no pueden contener la cólera. –¿Cuál es, pues, la base de vuestra familia burguesa actual? El capital, la apropiación burguesa. La familia burguesa, plenamente desarrollada, no existe más que para el burgués; esta familia encuentra su complemento en el celibato forzoso del proletario y en la prostitución pública. La familia burguesa desaparece por sí misma con la desaparición de su complemento, y ambas desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos echáis en cara el querer abolir la explotación de los niños por sus padres? Confesamos este crimen.

¿Nos echáis en cara el querer abolir las relaciones más queridas, sustituyendo a la educación doméstica la educación social? ¿Acaso vuestro sistema de educación no está determinado por la sociedad, por las relaciones sociales en los límites en que dáis la instrucción y por la influencia más o

menos directa de la sociedad por medio de las escuelas? Los comunistas no han inventado la influencia de la sociedad sobre la educación; no tratan sino de cambiar su carácter, de librar la educación de la influencia de una clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia, sobre la educación y sobre las afectuosas relaciones entre padres e hijos, son tanto más repugnantes cuanto que a consecuencia de la grande industria todos los lazos de familia, para el proletario, se rompen cada vez más, y los niños se transforman en simples artículos de comercio, en instrumentos de producción.

La burguesía entera nos grita en coro: «Pero vosotros, comunistas, queréis introducir la comunidad de las mujeres.» El burgués ve en su mujer un simple instrumento de producción; le dicen que los instrumentos de la producción serán comunes, y él deduce, naturalmente, que las mujeres lo serán también. No imagina siquiera que, por el contrario, de lo que se trata es de abolir la posición de la mujer como simple instrumento de producción. Por lo demás, no hay nada más ridículo que el horror ultramoral afectado por nuestros burgueses relativamente a la supuesta comunidad oficial de las mujeres entre los comunistas. Esta comunidad no es necesario que los comunistas la introduzcan, pues ha existido siempre: nuestros burgueses no se contentan con tener a su disposición las hijas de sus proletarios, sin contar la prostitución oficial; tienen además un placer particular en seducirse recíprocamente sus mujeres. El matrimonio burgués es en realidad la comunidad de las esposas. Cuando más, podría acusarse a los comunistas de querer sustituir una comunidad franca, abierta, oficial, a una comunidad hipócrita y solapada. Es, por lo demás, evidente que con la abolición de las relaciones actuales de la producción, la comunidad de las mujeres, que es su consecuencia, es decir, la prostitución, oficial o no, desaparecerá.

Se nos reprocha también el querer destruir el patriotismo, el sentimiento nacional. El proletario no tiene patria; ¿cómo arrebatarle lo que no tiene? En tanto que el proletario debe primero conquistar el poder político, elevarse a la categoría de clase dominante, constituirse en nación, él mismo es nacional, pero no en el sentido burgués.

Las divisiones y antagonismos de los pueblos desaparecen de día en día ante el desarrollo de la burguesía, ante la libertad comercial, el mercado universal, la uniformidad de la producción industrial y de las condiciones de la vida que le corresponden.

La supremacía del proletariado las hará desaparecer más pronto todavía.

La acción combinada de todos los países civilizados, por lo menos, es una de las primeras condiciones de la emancipación proletaria.

A medida que cese la explotación de un individuo por otro, cesará también la explotación de una nación por otra. El antagonismo de las naciones desaparecerá con el antagonismo de las clases, que las divide en el interior.

Las acusaciones presentadas contra los comunistas desde el punto de vista religioso, ideológico y filosófico, no tienen necesidad de un minucioso examen. ¿Se necesita un alto grado de inteligencia para comprender que con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones y existencias sociales, sus opiniones, sus ideas, su conciencia, deben transformarse también?

¿Qué prueba la historia de las ideas sino es que la producción intelectual se transforma al mismo tiempo que la producción material? Las ideas dominantes de una época no han sido nunca otra cosa que las ideas de la clase dominante a la sazón. Se habla de ideas que han revolucionado a la sociedad; pero con esto no se hace sino afirmar el hecho de que en el seno de la antigua sociedad se han formado los elementos de una sociedad nueva, y que la disolución de las viejas ideas marcha de consuno con la disolución de las viejas condiciones sociales.

Cuando el mundo antiguo llegó a la hora de su agonía, el cristianismo triunfó sobre las religiones del antiguo mundo. Cuando los dogmas del cristianismo sucumbieron ante la filosofía del siglo XVIII, el feudalismo presentaba sus últimos combates a la burguesía. Las ideas de libertad religiosa, de pensamiento libre, no hicieron otra cosa que proclamar el reinado de la burguesía en el dominio religioso e intelectual.

Pero se nos dirá tal vez que si las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas y jurídicas se modifican con el movimiento histórico, la religión, la moral, la filosofía, la política y el derecho son, no obstante, de todas las épocas. Se añade, además, que hay ciertas verdades eternas tales como la libertad y la justicia, que son comunes a todas las fases de la sociedad. Pero el comunismo, se dice, destruye estas verdades eternas y se propone abolir la religión y la moral, en vez de darles una forma nueva; contradice, pues, todas las maneras precedentes del desenvolvimiento histórico.

¿A qué se reduce esta objeción?

La historia de toda sociedad hasta el presente día se mueve dentro del antagonismo de las clases, revelando diferentes formas en las diferentes épocas históricas. Sea cualquiera la forma que esos antagonismos hayan revestido, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es el hecho común a todos

los siglos pasados. No nos sorprende, pues que la conciencia social de las edades, a despecho de todas las variaciones y de todas las diversidades, se haya siempre movido dentro de ciertas formas comunes: formas de conciencia que no desaparecerán por completo sino con la desaparición del antagonismo de las clases. Siendo la revolución comunista la ruptura más radical con las relaciones tradicionales de la propiedad, no hay que extrañarse si sus progresos traen consigo la ruptura más radical con todas las ideas tradicionales.

Mas dejemos a un lado las objeciones que hacen los burgueses al comunismo. Hemos visto que el primer paso de la revolución proletaria debe ser la conquista de la Democracia, la elevación del proletariado al estado de clase dominante. Los proletarios se servirán de su supremacía política para arrebatar poco a poco a la burguesía toda especie de capital; para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, en las del proletariado organizado en clases gobernantes, y para acrecentar lo más rápidamente posible la masa de las fuerzas productivas. Naturalmente, esto no puede llevarse a cabo sino por medio de atentados despóticos contra el derecho de propiedad y contra las relaciones burguesas de la producción; es decir, per medio de medidas que, consideradas desde el punto de vista económico, parecen insuficientes e insostenibles, pero que necesariamente, en el curso de la revolución, conducirán a la adopción de medidas más radicales, y que son inevitables para cambiar de arriba a bajo el modo de producción. Estas medidas variarán en los diversos países; pero en los países más adelantados, las siguientes serán, por lo general, aplicables:

I. Apropriación nacional de la tierra y aplicación de la renta a las necesidades del Estado.

II. Un crecido impuesto progresivo.

III. Abolición del derecho de herencia.

IV. Confiscación de la propiedad de los emigrados y de los rebeldes.

V. Centralización del crédito en manos del Estado, por medio de un Banco nacional, con el capital del Estado y el monopolio exclusivo.

VI. Centralización de todos los medios de comunicación y transporte en manos del Estado.

VII. Acrecentamiento de las manufacturas y de los instrumentos de producción nacionales; cultivo y mejora de los terrenos con arreglo a un plan común.

VIII. Trabajo obligatorio para todos y organización de ejércitos industriales, sobre todo para la agricultura.

IX. Combinación de la industria agrícola y manufacturera, a fin de hacer que desaparezca gradualmente el antagonismo entre la ciudad y el campo.

X. Educación pública y gratuita para todos; supresión del trabajo de los niños en las fábricas tal como ahora se practica; combinación de la instrucción con la producción material, etc.

Tan luego como en el curso del desenvolvimiento las distinciones de clase hayan desaparecido, tan luego como la producción se haya concentrado en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, propiamente dicho, no es otra cosa que el poder de una clase organizado para la opresión de otra clase. Cuando el proletariado, forzado a organizarse como clase durante su lucha con la burguesía, se haya hecho clase dominante por medio de una revolución, y como clase dominante haya destruido por la fuerza las añejas relaciones de producción, habrá destruido necesariamente las bases de todo antagonismo de clase, de toda existencia de clases, y por consecuencia de su propia supremacía como clase. La vieja sociedad burguesa, con sus distinciones y sus antagonismos, dejará el puesto a una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será el desenvolvimiento de todos.



"1 de mayo"
Yakov Guminer, 1928

CAPÍTULO TERCERO LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. Socialismo reaccionario

a) Socialismo feudal

Por su misma posición histórica, las aristocracia francesa e inglesa se hallaron, entre otras, llamadas a lanzar libelos contra la sociedad burguesa moderna. En la revolución francesa de 1830, en el movimiento reformista inglés (1830-31), estas aristocracias habían sucumbido una vez más a manos del odiado advenedizo. Para ellas no podía ya ser una cuestión de una lucha política formal. Les quedaba tan sólo la lucha literaria. Pero en el terreno literario la añeja fraseología de la restauración había llegado a ser imposible. Para crearse simpatías, la aristocracia se veía, pues, obligada a perder de vista en apariencia sus propios intereses y a formular su acta de acusación contra la burguesía en el mero interés de la clase obrera explotada. De este modo se dio el placer de abrumar con canciones sarcásticas e injuriosas a sus nuevos dueños y murmurar a sus oídos profecías más o menos funestas.

Así nació el socialismo feudal, olla podrida de jeremiadas y payasadas, de ecos del pasado y amenazas para el porvenir. Si alguna vez su crítica mordaz y aguda hiere a la burguesía en el corazón, su total impotencia para comprender la marcha de la historia moderna le pone completamente en ridículo.

Estos señores enarbolaban como bandera en torno de la cual debía agruparse el pueblo, el talego del proletario; mas cuando el pueblo acudió al llamamiento, vio su dorso ornado por el antiguo blasón feudal, y se dispersó lanzando carcajadas irrespetuosas.

Una parte de los legitimistas franceses y la «joven Inglaterra» han divertido al mundo con este espectáculo.

Cuando los campeones del feudalismo demuestran que su modo de explotación se diferenciaba del de la burguesía, se olvidan de añadir que ellos explotaban en condiciones y circunstancias totalmente distintas y caducadas hoy. Cuando prueban que bajo su régimen el proletariado no existía, se olvidan de decir que precisamente la burguesía moderna fué un fatal retoño del orden social feudal.

Por lo demás, se cuidan tan poco de esconder el carácter reaccionario de su crítica, que fundan su queja principal contra la burguesía en que su régimen crea una clase que mina todo el antiguo orden social.

Perdonarían tal vez a la burguesía el haber producido un proletariado, si este proletariado no fuera necesariamente revolucionario.

En la práctica política toman, pues, una parte activa en todas las medidas violentas contra el proletariado, y en la vida común sus discursos hinchados no les impiden el recoger los dorados frutos del comercio, y trocar la fidelidad, el amor, el honor y otras virtudes caballerescas por lanas, remolachas y aguardientes.

El clérigo ha tendido siempre la mano al señor feudal. Del mismo modo el socialismo clerical corre parejas con el socialismo feudal.

Nada tan fácil como aplicar un barniz socialista al ascetismo cristiano. ¿No ha fulminado también el cristianismo sus anatemas contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿Y en lugar de estas instituciones, no ha predicado la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo santificado no es otra cosa que el agua bendita que emplea el clérigo para consagrar el despecho del aristócrata.

b) Socialismo de los pequeños burgueses

La aristocracia feudal no es la única clase suplantada por la burguesía, ni la única cuyas condiciones de existencia se amenguan y decaen en la sociedad burguesa moderna. Los pequeños burgueses y los labradores de la Edad Media eran los precursores de la burguesía moderna. En los países donde la industria y el comercio no han quedado atrás, esta clase vegeta aún al lado de la burguesía que se desarrolla.

En los países que han entrado de lleno en la civilización moderna, se forma una nueva clase de pequeños burgueses, encajonada entre el proletariado y la burguesía, y que se reforma constantemente como elemento complementario de la sociedad burguesa. Mas los individuos que componen esta clase se ven siempre precipitados, por la competencia, en la clase proletaria, y lo que es más, la marcha progresiva de la grande industria les hace entrever el día en que desaparecerán por completo como parte integrante de la sociedad moderna, día en que por do quiera, en el comercio al por menor, en los oficios, en la agricultura, serán remplazados por contra maestres, dependientes de comercio y labradores asalariados.

En los países como Francia, donde los labradores constituyen mucho más de la mitad de la población, era natural que algunos escritores se pusiesen de

parte del proletariado, aplicasen, en su crítica del régimen burgués, la escala del pequeño burgués y del labrador en pequeño, y se hiciesen partidarios del proletariado desde el punto de vista del pequeño burgués. Así fue como nació el socialismo de los pequeños burgueses. Sismondí es el jefe de esta literatura, no sólo en Francia, sino hasta en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha penetración las contradicciones resultantes de las relaciones de producción modernas, y puso en descubierto los paliativos hipócritas de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la división del trabajo y de la introducción de las máquinas, la concentración de los capitales y de las propiedades territoriales, el exceso de producción, las crisis industriales, la ruina inevitable del pequeño burgués y del labrador, la miseria de los proletarios, la anarquía en la producción, la desproporción escandalosa en la distribución de las riquezas, la guerra a muerte industrial que entre si se hacen las naciones, la disolución de las añejas costumbres, de las antiguas relaciones de familia, de las viejas nacionalidades.

Mas en cuanto a su contenido positivo, el socialismo del pequeño burgués tiende, ora a restablecer los medios de producción y de cambio caídos en desuso; ora a encerrar violentamente los medios modernos de producción y de cambio en el cuadro estrecho de las antiguas relaciones de propiedad, ya rotas y rotas fatalmente por ellos. En uno y otro caso es al mismo tiempo reaccionario y utopista.

Sistema de corporaciones para los oficios de las ciudades, agricultura patriarcal para los campos: tal es su última palabra.

El desarrollo ulterior de esta especie de socialismo le ha conducido a disolverse en jeremiadas cobardes y nauseabundas.

c) El socialismo alemán, o el verdadero socialismo

(Omitimos este pasaje, que se refiere a una especie de literatura puramente local, cuya importancia temporal y hasta cuya memoria han sido borradas por la revolución de 1848 y por el desarrollo extraordinario que ha tomado desde entonces en Alemania la grande industria, y por consecuencia el proletariado).

2. Socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía quisiera apartar los inconvenientes sociales para asegurar la permanencia de la sociedad burguesa.

Militan en esta parte economistas, filántropos, humanitarios, mejoradores de la suerte de los obreros, organizadores de la caridad, protectores de los animales, promotores de las sociedades de temperancia, reformadores al por menor de todo género. Se ha llegado hasta a elaborar en más de un sistema completo este socialismo burgués.

Como ejemplo citamos las *Contradicciones económicas, Filosofía de la Miseria*, de P.J. Proudhon.

Los socialistas burgueses desearían conservar las condiciones de la sociedad actual sin las luchas y peligros que de ellas resultan fatalmente. Quisieran tener la sociedad actual, menos sus elementos revolucionarios y disolventes. Quisieran tener la burguesía, pero sin el proletariado. Excusado es decir que, para la burguesía, el mundo donde ella reina es el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués elabora con esta idea consoladora sistemas más o menos completos. Al hacer un llamamiento al proletariado para realizar estos sistemas, que le abrirán las puertas de la nueva Jerusalén social, el socialismo burgués le propone en realidad que se contente con la sociedad presente y abandone desde luego las ideas rencorosas que se ha formado de esta sociedad.

Una segunda forma de este socialismo, menos sistemática pero más práctica, procura disgustar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que para mejorar su suerte no se necesitan cambios políticos, sino cambios de las relaciones sociales materiales, es decir, económicos. Por cambios de las relaciones sociales materiales este socialismo no entiende de ninguna manera la abolición de las relaciones de la producción burguesa, cosa imposible sin revolución, sino simples reformas administrativas, basadas en la existencia de estas mismas relaciones; reformas que no cambiarían en lo más mínimo las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado y, cuando más, aprovecharían a la burguesía disminuyendo los gastos de su dominación y simplificando su administración política.

El socialismo burgués llega a su expresión perfecta cuando se reduce a retórica pura y simple. ¡Libre cambio! en interés de la clase obrera; ¡derechos de entrada protectores! en interés de la clase obrera; ¡prisiones celulares! siempre en interés de la clase obrera: tales son las últimas palabras del socialismo burgués, únicas que en su boca tienen un sentido serio.

El socialismo burgués se resume precisamente en la afirmación de que **los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.**

3. El socialismo y el comunismo crítico utópico

No vamos a tratar aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas se ha hecho intérprete de las reclamaciones del Proletariado. (Escritos de Babeuf, t. V.)

Las primeras tentativas del Proletariado para hacer que predominasen directamente sus intereses de clase en un periodo de movimiento general, se hicieron al hundirse la sociedad feudal. Estas tentativas tenían que fracasar, y fracasaron. El Proletariado se hallaba a la sazón en el estado rudimentario, y además las condiciones materiales de su emancipación no existían. Estas **condiciones no son sino el producto de la época burguesa.** La literatura revolucionaria de estos primeros movimientos proletarios es, en su contenido teórico, necesariamente reaccionaria. Predica un ascetismo general y un igualitarismo hipócrita.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los de Saint-Simón, Fourier, Owen, etc., hicieron su aparición en la época en que la lucha entre el Proletariado y la burguesía estaba aún poco desarrollada. (Ya hemos hablado de esta época en el cap. I, *Burguesía y Proletariado.*)

Los inventores de estos sistemas no ignoraban la existencia del antagonismo de las clases, ni la acción de los elementos disolventes de la sociedad reinante. Pero de la parte del Proletariado no ven ninguna espontaneidad histórica, ningún movimiento político que les sea propio. Como este desenvolvimiento del antagonismo de las clases corre parejas con el de la industria, no hallan tampoco a mano las condiciones materiales indispensables para la emancipación del Proletariado, y se ponen entonces a inventar una ciencia social, leyes sociales que debían crear estas condiciones.

Así es como ponen en el puesto de la acción social su acción personal de inventores; en el puesto de las condiciones históricas de la emancipación, **condiciones de fantasía**; en el puesto de la organización lenta y radical del Proletariado como clase, una organización societaria fabricada al efecto. Para ellos la historia venidera no será más que la propaganda y la práctica de sus proyectos de sociedad novísima.

Tienen, en efecto, la conciencia de defender, en sus proyectos sobre todo, los intereses de la clase obrera, que es la que más padece; pero para ellos

el Proletariado sólo existe en este concepto, es decir, como la clase que más padece.

La forma rudimentaria en que se hallaba en aquella época la lucha de las clases, así como su propia posición social, los impulsan a creer que son muy superiores a todo antagonismo de clases. Es la posición de todos los miembros de la sociedad, aun la de los más pudientes, la que para ellos se trata de mejorar. Apelan, pues, continuamente a toda la sociedad sin distinción, y con preferencia a las clases dominantes. Según ellos, no hay sino comprender su sistema para proclamarle como el mejor plan para la mejor sociedad posible.

En su consecuencia, repudian toda acción política, principalmente toda acción revolucionaria. Persiguen su objeto por vías exclusivamente pacíficas, especialmente por experimentos prácticos en pequeño de sus sistemas, experimentos que naturalmente fracasan siempre. Quieren, por medio de la fuerza del ejemplo, abrir el camino al nuevo evangelio social.

En una época en que el Proletariado sale apenas del estado rudimentario, en que, por consecuencia, sus ideas acerca de su posición social son todavía asaz fantásticas, semejantes descripciones fantásticas de la sociedad futura corresponden, en cierto grado, a sus propias aspiraciones, confusas aún e inconscientes hacia una transformación general de la sociedad.

Por otra parte, estos escritos socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad actual; y desde este punto de vista han suministrado materiales de gran precio para servir al desarrollo intelectual de los trabajadores. En cuanto a sus proposiciones positivas tocantes a la sociedad futura, tales como abolición de la oposición entre la ciudad y el campo, abolición de la familia, de la apropiación privada, del asalariado, proclamación de la armonía social, sustitución del Estado por una simple administración de la producción, todas estas proposiciones expresan simplemente la desaparición del antagonismo de las clases, de ese antagonismo que comienza apenas su desarrollo y del cual los socialistas en cuestión no conocen más que la primera fase informe e indefinida. Sus proposiciones no tienen, pues, aún más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópico está en razón inversa del desenvolvimiento histórico. Estas doctrinas sublimes, que ora aparentan cernerse serenamente por encima de las luchas de clases, ora fulminan anatemas contra esta lucha, estas doctrinas pierden toda importancia práctica, todo valor histórico a medida que se desenvuelve y toma consistencia la lucha de clases. En esto consiste que si los autores originales de seme-

jantes sistemas eran revolucionarios bajo muchos conceptos, sus discípulos forman siempre y en todas partes sectas reaccionarias. Estos se aferran a las añejas apreciaciones del maestro y las oponen al desarrollo histórico y progresivo del proletariado. Procuran aplacar la lucha de clases y reconciliar los antagonismos. Sueñan siempre con la realización experimental de sus utopías sociales: fundación de falansterios aislados o «colonias en el interior», establecimiento de una pequeña Icaria u otras ediciones en 32.^a de la nueva Jerusalén; y para erigir todos estos castillos en el aire se ven forzados a recurrir a la filantropía burguesa y a su bolsa. Poco a poco caen en la categoría de los socialistas conservadores o reaccionarios, de que hemos hablado ya, y de los cuales no se distinguen más que por una pedantería más sistemática y por una fe ciega en los efectos maravillosos de su ciencia social.

Estos sectarios se oponen, por lo tanto, obstinadamente a todo movimiento político que venga de parte de los obreros, movimiento cuya fuente no puede ser otra que la falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia ponen obstáculos, unos a los cartistas y otros a los reformistas.



“Bajo la bandera de Lenin del Komintern - ¡adelante! Viva el primero de mayo”

Viktor Deni, 1929

CAPÍTULO CUARTO
ACTITUD DE LOS COMUNISTAS CON RELACIÓN
Á LOS DIFERENTES PARTIDOS DE LA OPOSICIÓN RADICAL

La actitud de los comunistas con relación a los partidos obreros ya constituidos ha sido determinada en el capítulo II; no nos queda, pues, nada que decir respecto a su conducta con los cartistas ingleses y con los *reformers* agrarios de los Estados Unidos.

A la vez que toman parte en la lucha para la realización de los fines e intereses inmediatos y momentáneos de la clase trabajadora, los comunistas representan, en medio del movimiento actual, el movimiento venidero.

En Francia, los comunistas sostienen al partido democrático socialista en su lucha con la burguesía conservadora o radical, al mismo tiempo que se reservan el derecho de someter a su crítica las frases e ilusiones que emanan de la tradición revolucionaria.

En Suiza sostienen a los radicales, sin ignorar que este partido se compone de dos elementos contradictorios: demócratas socialistas en el sentido francés de la palabra y burgueses radicales.

En Polonia se colocan junto a ese partido que ve en una revolución agraria la condición esencial de la emancipación nacional, junto al mismo partido que en 1846 llevó a cabo la insurrección de Polonia.

En Alemania, tan luego como la burguesía obre revolucionariamente, el partido comunista peleará a su lado contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal y la pequeña burguesía de los gremios. Pero no perdona medio alguno de desarrollar en los obreros la conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado; de suerte, que cuando se halle establecido el imperio de la burguesía, los obreros alemanes puedan convertir en armas contra la burguesía misma las condiciones sociales y políticas que entraña el régimen burgués, y que, derribadas del poder las clases reaccionarias, la lucha contra la burguesía comience en el instante mismo.

Los comunistas deben concentrar su atención en Alemania, porque este país se halla en vísperas de una revolución burguesa, revolución que va a realizarse en condiciones más avanzadas de civilización general, y con un proletariado mucho más desarrollado que cuando estalló en Inglaterra la revolución del siglo XVII, y en Francia la del siglo XVIII. La revolución burguesa alemana no puede ser sino una revolución proletaria¹.

¹ Debemos recordar que este pasaje, lo mismo que lo restante del Manifiesto, fue escrito en 1847. A la sazón, el proletariado de todos los países (exceptuando Inglaterra) se

En una palabra, los comunistas sostienen en todas partes cualquier movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas existentes.

En todos estos movimientos se aplican sobre todo a la cuestión de la propiedad, sea cualquiera el grado de desenvolvimiento en que la encuentren, como la cuestión fundamental.

Finalmente, los comunistas trabajan por do quiera para establecer la unión y la inteligencia de los partidos obreros de todos los países.

Los comunistas no se cuidan de esconder sus miras ni su objeto, y declaran abiertamente que no pueden alcanzar este objeto sino derribando por medio de la fuerza todo el orden social existente. Tiemblen las clases dominantes ante la revolución comunista que se prepara. En esta revolución los proletarios no tienen que perder más que sus cadenas y tienen que ganar todo un mundo.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!



movía aún más o menos a remolque de la burguesía. El desarrollo que desde entonces ha tomado le permite hoy adoptar una actitud bien distinta.